

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO DÉCIMO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, Nº 10.

1857

CORREO DE TERRAMAR

PARTE LITERARIA HISTORIA

TOMO DECIMO



1887

ADMINISTRACION GENERAL

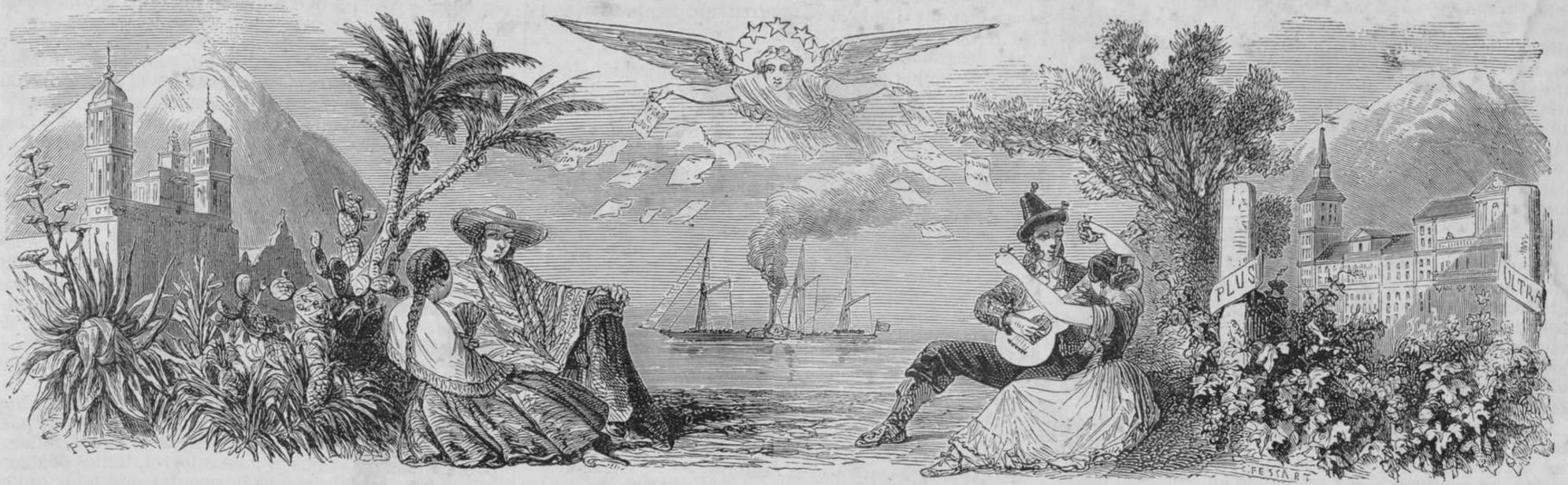
DE LA REPUBLICA Y DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

1887

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, no 10 en Paris

Año 16. — N° 235.

SUMARIO.

Emigracion china; grabado.— Esperando la del cielo. — El adolescente. — La ausencia. — Visita de la emperatriz viuda de Rusia á la villa Partouneaux; grabado — Preliminares de la expedicion de la Kabilia; grabados. — Revista de Paris. — La guerra en la Kabilia; grabados. — Batalla. — Recuerdos de la guerra de Crimea; grabados. — Revista de la moda. — Discursos pronunciados en la Academia española. — Concurso regional de Montbrison; grabados.

Emigracion china.

Hé aquí el extracto de una correspondencia fechada en Macao el 15 de abril, que acompañaba al adjunto dibujo:

El chino es el trabajador que mejor resiste los rigores de todos los climas y las privaciones de toda especie. Bajo el sol ardiente de la zona tórrida lo mismo que en las llanuras heladas de la Siberia, conserva su actividad, su amor al trabajo, y á fuerza de paciencia, consigue

crearse un corto patrimonio que le asegura en su vejez una existencia independiente.

Todas las colonias han comprendido lo que valen estas preciosas cualidades, y han deseado que los chinos emigren á ellas en la mayor cantidad posible. Los españoles en Filipinas, los holandeses en las islas de la Sonda, los ingleses en el estrecho de Malacca, en la India y en Australia, trataron siempre de facilitar á los chinos los medios de emigrar á sus posesiones marítimas. Pero la emigracion voluntaria no cubria las necesidades de las colonias, y hace diez años que se formaron empresas á fin de facilitar el movimiento en las



Evasion de chinos de su depósito de Macao el 2 de abril de 1857.

clases pobres. Así en diferentes puntos de las provincias de Canton y de Fokien, se creó para ello una industria verdadera, por medio de empleados hábiles que nunca faltan, pues reciben una buena comision por cada chino que alistan.

Las condiciones ordinarias del enganche son estas: el chino se compromete por cierto número de años (de cinco á diez) á trabajar en una colonia determinada, Cuba, Chile, el Perú, la California, la Australia, Borbon, bajo la direccion de quien le señalen. Mientras dura el ajuste será alimentado y tendrá una paga que varía de dos á cuatro piastras mensuales; y á fin de que antes de su marcha pueda comprarse lo que necesita, dejar algo á su familia y pagar la comision al que le enganchó, recibe por adelantado uno ó dos años de salario. Le conceden algunos dias para disponer de su dinero, y luego le embarcan con direccion á la colonia donde pasa una gran parte de su vida, si no muere.

Hasta aquí todo es muy humano, pero en cuanto sale el buque principian los infortunios para el chino. Aquí van quinientos ó seiscientos privados de aire y de luz; allí otros tantos carecen de víveres y sufren todos los tormentos del hambre y de la sed; en otro buque se encuentran con un capitán que los manda á latigazos. Y todo esto no es nada aun comparado con las atrocidades á que dan lugar las muchas sublevaciones que estallan á bordo.

Acabamos de decir que á todo chino que quiere alistarse le pagan uno ó dos años adelantados. Sucede pues, que algunas malas cabezas se ponen de acuerdo para recibir esa cantidad, pero formando en secreto el plan de sustraerse por cualquier medio del compromiso que han firmado.

Fijado el dia de la marcha se embarcan aparentando satisfaccion, pero apenas el buque se da á la vela cuando los conspiradores arrojan la máscara y se declaran en rebeldia. En ciertos casos los oficiales y la tripulacion si tienen tiempo para recurrir á las armas comienzan á matar chinos sin distincion entre inocentes y culpables, y cuando han caido algunos centenares de ellos ponen grillos á los demás hasta el fin del viaje. En otros casos se empeña una pelea terrible que no concluye hasta que la cubierta del buque se halla sembrada de muertos y de heridos; entonces el buque se dirige á la tierra mas próxima donde los coulis que sobreviven desembarcan libremente. Pero regularmente el capitán, los oficiales y la tripulacion son sorprendidos por traicion, y si no son degollados sufren los tormentos mas crueles. En cuanto al buque, si no tiene tierra á la vista, un marinero á quien perdonan por esto la vida, le dirige hácia la costa donde le incendian despues de haberle robado. Si no existe ningun marinero europeo capaz de guiarle, va á zozobrar al acaso sobre la primera roca donde le lleva la tormenta.

Tal es la historia de los dramas que se repiten cien veces desde hace diez años, con variantes mas ó menos horribles. Seis buques, uno de ellos francés, el *Anais*, han sido ya teatro de estas escenas en los tres primeros meses del año actual. Lo sorprendente es que hay ciertas autoridades europeas que protegen un tráfico hecho bajo condiciones tan contrarias á la humanidad. Dícese que el gobernador portugués de Macao cierra los ojos á la secuestacion que sufren los chinos una vez enganchados. En cuanto reciben la paga son encerrados en un depósito ó edificio seguro como una cárcel, donde se hallan bien guardados hasta el momento de la marcha.

Ultimamente se habia dispuesto para este uso una gran factoría. Las ventanas tenían sólidas rejas; las puertas forradas de hierro batido se cerraban con tres cerrojos, y hombres armados hacian centinela para impedir la evasion de los coulis. Habia allí 250 chinos que habian recibido su adelanto en dinero y que destinaban para la Habana. Pero el 2 de abril á las cinco de la madrugada, se oyó de repente un gran crujido; era la puerta del jardín que echaban abajo unos cien hombres reunidos, y que dió libre paso á los presos. En un instante el depósito se quedó vacío; los 250 coulis salieron corriendo en todas direcciones, y antes que el gobernador de Macao pudiera prestar mano fuerte á la empresa, los fugitivos se confundian con la poblacion china del bazar ó se embarcaban en las *tancas* que en pocos minutos los llevaban á lugar seguro. La empresa habra perdido unos ocho mil pesos.

ESPERANDO LA DEL CIELO.

TRADICION GRANADINA ORIGINAL

DE DON MANUEL DE GONGORA.

(Conclusion).

VII.

ESPERANDO LA DEL CIELO.

¡Perdonadme la desgracia de vuestra hija! habia dicho don Félix antes de desaparecer. ¡Oh! ¡la desgracia de su hija! estas terribles palabras se revolvan en el cerebro del anciano á la vez que veia pasar rugiendo á sus piés las negras aguas del Darro.

¡La desgracia de su hija!... ¿Hasta qué punto pues era doña Ana desgraciada? Ese abismo de deshonra, esa duda cruel, tomando extrañas formas como una horrible realidad, no se apartaba de sus ojos fijos en el atropellado rio, como esos extraños insectos que viven

sobre las aguas y que no cambian de lugar pese á la impulsión de la corriente.

¡La desgracia de su hija! y él, Hernando de Zafra, habia dejado desaparecer al que para siempre destruyó la felicidad de su alma...

Por eso en algunos momentos durante el combate, ciego de furor, habia caido el señor de Castril sobre su adversario, olvidando la ensangrentada sombra de don Fortun de Ayala.

¡La desgracia de su hija!

Don Hernando alzó instintivamente los ojos, sin duda para preguntar á los cielos el secreto de su deshonra!

Los últimos ecos de la tempestad que, cual una huete en retirada, se habia apartado acumulándose en las lejanas cumbres de la sierra de Elvira, se sentian débilmente y á largos intervalos, y las deslumbrantes constelaciones de diciembre escintilaban su azulada luz.

¿Leyó el anciano caballero algo del perdon para su vida pasada en la inmensa extension de los cielos, que comenzaba á blanquear la incierta luz del alba que ya se divisaba, ó acaso la brisa habia murmurado á su oído alguna vaga frase de esperanza?

El señor de Castril pasó la mano por su frente calenturienta, y atravesando con vacilantes pasos la Carrera del Darro, llegó al pié del balcon de su casa, del cual pendia todavía la escalera de cuerda, instrumento de su deshonra, que excitó la cólera en su corazon.

El anciano subió la escala y penetró en la estancia de su hija, que cuidada por el paje, comenzaba á volver de su profundo desmayo.

El morisco desapareció al punto.

Don Hernando dejóse caer en un sillón, y puesta la cabeza sobre el pecho, se abandonó á una meditacion profunda.

La desdichada doncella abrió los ojos, encontró á su padre y exhaló un grito de terror.

El de Zafra oyó este grito, levantóse de su asiento y dirigió á su hija una mirada escudriñadora.

Doña Ana vió los vestidos de su padre manchados de sangre y su semblante se contrajo por el espanto; pero ni un ¡ay! salió de su pecho, ni una lágrima bañó su semblante.

¡Oh! feliz el que puede llorar!

— Ana, exclamó el anciano con honda pena, ¡tanto le amas!

La de Zafra bajó los ojos.

— Nada temas por él, prosiguió el hidalgo, vive y ha huido para siempre de Granada.

— Perdonadme, padre mio, murmuró la doncella, conozco que mi amor es imposible; yo ignoraba el abismo de sangre que nos separaba. ¡Oh! ¡si viérais, padre mio, cuánto he sufrido en este sueño terrible del que acabo de despertar! Soñaba que me daban á elegir entre la vida de uno de los dos, y os elegí á vos, como os elegiría ahora... despierto y os veo sombrío cerca de mí manchado de sangre, y di gracias á Dios con toda mi alma de veros ahí; calculad cuánto habré sufrido.

Ahora me decís vos que él tambien vive... ¡gracias, gracias, Dios mio!

Yo le amo, y sin embargo no olvido que este amor es imposible, que no puede cumplirse en la tierra... perdonadme que os diga semejantes palabras, pues que será la última vez que os hablaré de ese hombre... Yo le amaré como se ama un imposible. ¡Oh! despues de todo, ¡qué me resta á mí ya en el mundo!

Permitidme pues que me retire á orar por toda mi vida al convento de Zafra, que allí consagré á Dios mis lágrimas, pidiendo consuelo para mi triste corazon, esperando la misericordia del cielo.

Hubo unos momentos de elocuente silencio.

— Ana, dijo al fin don Hernando, despues de haber tenido que presentar ante tí el triste espectáculo de mi vida pasada, en pos de que me vieras tal como fui en mi juventud para arrancar de un solo golpe en tu corazon las raices de esa pasion desdichada; despues de lo que ha pasado, ni aun tengo el derecho de la cólera.

Reconozco en todo esto la obra de la providencia, y acato con la frente en el polvo sus impenetrables arcanos.

Sin embargo, en el corazon humano hay cambios inesperados... por las condiciones que te rodean, por tu noble sangre, por tu hermosura, por tu riqueza, estás destinada á recorrer en la vida una senda brillante, ¿quién sabe lo que mañana será de tus pensamientos? ¡Si se borrara al cabo de tu pecho esa pasion insensata! Ana, ¿porqué desconfías de la misericordia de Dios?

¡Ah! leo en tus ojos la respuesta que me vas á dar.

Pues bien, lo que te plazca, hija mia; si dentro de un año insistes todavía en tu resolucion, pronunciarás tus votos en el convento que fundaron tus nobles antepasados.

— Gracias, padre mio, dijo la pobre niña besando los piés al noble anciano; gracias, padre mio, allí imploraré la misericordia de Dios por haber causado vuestra desgracia.

— ¡Oh! exclamó el anciano con un acento de voz impregnado de pena, tú te vas á retirar al claustro para implorar misericordia; y yo... y yo, ¿cuánto tiempo permaneceré en medio de mi completa soledad, ESPERANDO LA DEL CIELO?

Pasados unos momentos don Hernando seguido de una litera de la que salia su hija cuidadosamente envuelta en un manto, llamaba á la puerta del convento de Zafra.

Era ya completamente de dia.

El señor de Castril tuvo en el locutorio una corta entrevista con su hermana la abadesa, cuyos pormenores

no hemos podido recoger, terminada la cual salió del convento acompañado de su escudero que le aguardaba en la portería, y embozándose en sus capas, recorrieron rápidamente las mismas calles que anduvieron al penetrar en Granada, y llegaron á donde estaba el coche que todavía les esperaba.

Subió don Hernando en el carruaje, y los caballos empujados por el látigo tomaron á galope el camino de Madrid.

Aquella misma mañana fué tapiado el balcon de la casa de Castril, grabándose antes sobre él la inscripcion que aun se conserva respetada por el tiempo.

El palacio permaneció cerrado durante muchos años, objeto de extraños cuentos y de temerosas consejas.

VIII.

LA PROFESION.

Diez y seis meses despues de los sucesos que acabamos de referir, en una hermosa mañana del mes de mayo de 1588 un caballero que penetró en Granada por la puerta de Elvira, dejando su corcel en la hostería de la Buena muerte, situada entonces en la calle de San Juan de los Reyes, se dirigió hácia la Carrera del Darro, ocultándose con cuidado bajo el ala de su sombrero y los pliegues de su capa.

La mañana era magnífica, una de esas indescriptibles mañanas propias solo del horizonte granadino, pues que aun en Granada, y en la Granada de aquellos tiempos, tiene el sol tantas graciosas torres, tantos delgados minaretes, tan caprichosos horizontes que teñir con su luz de oro, y solo la brisa puede saturarse de tantos perfumes y de frescura tanta en los moriscos *cármenes*, en las misteriosas angosturas del Darro.

Las calles estaban llenas de gentes que seguian la misma direccion que nuestro desconocido, multitud de cohetes estallaban en el espacio, y el ruido de las campanas del convento de Zafra atronaba los oídos con su agudo tañido.

La causa de esta ocurrencia, el motivo de semejante solemnidad era la profesion de una doncella nobilísima, rica y de las primeras y mas ilustres familias de España, de doña Ana de Zafra, de la heredera de los señores de Castril, de la nieta del secretario de los Reyes Católicos.

Nuestro desconocido penetró en la iglesia abriéndose lugar por entre la gente, y dejando tras sí un murmullo de indignacion, se colocó cerca de la reja del locutorio, ocultándose siempre con su capa.

Terminaba en aquellos momentos la ceremonia de la profesion.

Doña Ana, despojada sucesivamente de su corona de flores, de sus joyas y de sus magníficas galas, vestida ya con el traje de las dominicas, yacia en el suelo como si hubiese dejado de existir.

La capilla entonaba el lúgubre tañido de los difuntos...

La pobre niña, perdida toda esperanza, habia ofrecido su lacerado corazon á Dios.

Alzóse doña Ana del suelo; para ella todo habia concluido en la tierra...

¡Oh! ¡cuán bella estaba con su profunda tristeza y con su resignacion que se pintaban á la vez en su rostro pálido, flor despojada de sus colores por el pesar y por las sombras del claustro!

Doña Ana dió algunos pasos hácia la entreabierta reja del locutorio, acaso para despedirse de aquel mundo al cual ya no pertenecía.

Una lágrima solitaria y ardiente resbaló por su rostro y fue á perderse entre los pliegues de su toca.

Entonces hubo en la iglesia gran confusion y movimiento: todos querian aproximarse para ver de mas cerca á la monja.

Hemos dicho que nuestro desconocido, envuelto teñazmente en los pliegues de su capa, habia logrado colocarse cerca de la reja.

Empujado por las gentes contra el locutorio, volvió hácia atrás, y su actitud amenazadora hizo que los mas cercanos se apartaran, dejándolo por un momento solo.

En tanto la capa habia caido de sus hombros, dejando descubierto á nuestro desconocido que instintivamente dobló la rodilla ante la profesora en actitud de solicitar perdon.

Era don Félix de Maldonado.

Doña Ana conoció al arquero y exhaló un grito, al que acudieron las monjas rodeando á su compañera, que se llevaron al interior del claustro.

Como una hora despues, al ir á cerrar el sacristan las puertas del templo, encontró á un hombre que de rodillas y apoyado en la pared estaba al parecer absorto en oracion profunda.

El sacristan sonó cerca de él las llaves de la iglesia.

Tras unos momentos de dolorosa indecision se alzó trabajosamente el arquero, salió del templo y llegó á la hostería de la Buena muerte, montó en su caballo y salió de la ciudad.

Ya en el campo el de Maldonado, soltó las bridas al corcel y metió en sus hijares los hierros.

El generoso animal sorprendido por el dolor, emprendió un violento galope, y desapareció escapado con su ginete á través de los campos con la velocidad del huracan.

CONCLUSION.

En una de las mas desagradables noches del invierno anterior leia yo esta sencilla tradicion á mi auditorio predilecto, compuesto de mi familia, donde en verdad

falta lo que tanto abunda en el mundo, censores severos y profundos, hombres, por ejemplo, que son tan pintados y competentes para resolver una ecuación algebraica, como para juzgar y medir por metros, no nuestra pobre novela, sino la mas espiritual de las composiciones poéticas; pero que en compensacion abunda en corazones buenos y leales.

Habiase apagado el abandonado fuego del hogar cuando terminé la lectura, y solo por intervalos brillaba algun ascua entre las cenizas agitadas por el viento que acaso lograba penetrar por el cañon de la chimenea.

La noche estaba muy avanzada, y el agua y el huracan resonaban afuera con una violencia indescriptible y espantosa.

La hora y las circunstancias habian dado valor á mi lectura.

Tendí los ojos al reducido auditorio que seguramente no daba la tradicion por concluida.

— ¡Oh! sin duda quereis saber mas, les dije; siguiendo esa ley del corazon humano, causa de nuestra desgracia, y como hace el niño con sus juguetes que los destruye buscándoles la máquina, anhela apurar la copa hasta el fondo, sin reflexionar que en el fondo no hallareis mas que heces.

Deseais que bajemos á ese tristísimo panteon que llamamos historia para averiguar el destino de los héroes de nuestra tradicion.

¿Qué quereis que cuente la testigo de los tiempos acerca de nuestros personajes?

¿Merece acaso ocupar la grave atencion de Melpómene ó de Clio el ignorado fin de una vulgar dueña, el oscuro destino de una monja ó el término prosaico de un pobre padre?

— ¿Pero y el paje? preguntó uno de mis oyentes.
— ¡El paje! ¡oh! si esto fuese una novela, tendríais razon, no podríamos dejar así al paje que tan importante es al principio de nuestra historia.

Para evitar el defecto artistico que envuelve esa pregunta, podeis elegir para el morisco, si así os place, entre el puñal, el veneno ó la cuerda, mas como narramos la tradicion, no podemos crear. Lo confesamos, este paje no está conforme con las conveniencias literarias; pero lo está con la verdad de los hechos.

— ¿Pero y don Félix? gritó á coro mi público.

— ¡Ah! sí, don Félix de Maldonado, dije yo.
Solo sé del arquero que vivió muy triste, pero que vivió hasta el año de 1588 en que formaba parte de la dotacion de uno de los navíos que componian la armada conocida con el nombre de la *Invencible*, armada que segun Mariana fué *aprestada para vengar la muerte de aquella reina inocente* (María Estuardo), y castigar los mas ordinarios desacatos y atrevimientos contra su majestad.

Despues, tras ese gran desastre de la marina española, *venida la invencible* por la cólera de Dios, preguntad á las embravecidas olas del mar el misterioso fin del teniente de los arqueros de la cuchilla.

M. DE GONGORA.

EL ADOLESCENTE.

I.

Quince años cumplidos tiene
Y no sé cómo llamarle,
No sé si infante ó mancebo,
No sé si mortal ó ángel,
Pues las pasiones del hombre
Comienzan á dominarle
Y aun su corazon perfuma
La inocencia del infante.
Mirad con cuánta ternura
Da un dulce beso á su madre,
Y mirad cómo sus ojos
Buscan tímidos y amantes
Al mismo tiempo á esa virgen
Que asoma entre los rosales.
No sabe lo que ambiciona,
Mas la ambicion le combate,
No sabe lo que desea,
Mas que algo desea sabe...
« ¡Ay si pudiera volar
Como las águilas reales! »

II.

Allá abajo en la arboleda
Discurre un inquieto enjambre
De niños que en los dos lustros
Acaso ninguno raye,
Allí hay fuentes cristalinas,
Allí hay flores odorantes,
Allí hay pájaros cantores,
Allí hay toldos de ramaje,
Y desde allí se ve el sol
En Occidente ocultarse;
Pero los niños enturbian
Los cristalinos raudales,
No hacen caso de las flores
Que huella su planta errante,
Mandan á los pajaritos
Con la música á otra parte,
Y dejan que el sol se esconda
Sin detenerse á mirarle.
Mas el bello adolescente
Se despidió de su madre,
Y vaga por la arboleda
Con languidez inefable.

Fuentes, flores, pajaritos,
Ramas, sol, todo le place,
Todo lo contempla, todo
Tiene para él un lenguaje
Que no comprende y le encanta,
Que le anima y que le abate,
Que le hace ansiar otro mundo
Y bendecir este le hace.
Ved aquí la diferencia
Que separa á ambas edades;
Alma pequeña la infancia,
La adolescencia alma grande,
La una sin aspiraciones
Indefinibles, constantes,
« La otra queriendo volar
Como las águilas reales. »

III.

Mas ¿qué siente ese mancebo
De la infancia al separarse?
¿Qué ambiciona? ¿Qué desea?
¿Ni él mismo acaso lo sabe!
El círculo de montañas
En que está encerrado el valle,
Parece al adolescente
El recinto de una cárcel.
Ese recinto es estrecho,
Quiere mas campo, mas aire,
Mas cielo, mas horizonte,
Medita empresas muy grandes,
Y en espacio tan mezquino
Esas empresas no caben.
Preguntadle qué es amor
Y os dirá que no lo sabe;
Preguntadle á qué mujer
Preferencia debe darse,
Si á la mujer de ojos garzos
O á la de ojos de azabache,
Si á la de tez de azucena,
O á la morena inflamable,
Si á la que raya en los quince
O á la que en los treinta raye,
Si á la virgen sin manecilla
O á la meretriz infame;
Preguntádselo tambien
Os dirá que no lo sabe.
Lo que os dirá solamente
Es que desea espaciarse,
« Es que desea volar
Como las águilas reales. »

IV.

Lo que sabe ese mancebo
Es que un deseo constante,
Vago, misterioso, intenso,
Voluptuoso, inexplicable,
Se ha apoderado de su alma
Y sin tregua le combate;
Lo que sabe ese mancebo
Es que los hombres no nacen
Para atravesar el mundo
Sin impelerle adelante,
Para no dejar su huella
Impresa en alguna parte,
Para tornar á la nada
Sin ser llorados por nadie;
Lo que sabe ese mancebo
Es que Dios no ha dado en balde
El corazon á los hombres;
Lo que ese mancebo sabe
Es que necesita un ser
Hermoso, que le idolatre
Como Isabel á Marcilla,
Como no idolatra nadie;
Lo que sabe ese mancebo
Que al dar un beso á su madre
Clava la vista en la virgen
Que asoma entre los rosales,
Es que en un círculo estrecho
Le falta luz, le falta aire,
« Es que desea volar
Como las águilas reales. »

LA AUSENCIA.

I.

Cuando voy por estos valles,
Cuando voy por estas rejias,
Acude el llanto á mis ojos
Y á mi pecho la tristeza,
Porque recuerdo que un dia,
De placer el alma llena,
Soñamos dichas celestes
Juntos en estas praderas.
¿Dónde estás, paloma mia,
Que solitario me dejaste?
Vagar por aquí en las dulces
Mañanas de primavera?
Las mañanitas de mayo
Son, alma mia, muy bellas
Si el amor las acompaña,
Y muy tristes si las deja,
Pues cuando es azul el cielo,
Cuando hay lirios y azucenas,
Cuando los pájaros cantan,
Cuando el sol brilla y no quema,
Y cuando de hojas y flores
Se visten las arboledas,
El amor para las almas
Es necesidad suprema,
¿Y consentes que mis ojos
Sigan llorando tu ausencia?
Ojos que te vieron ir
Por esos mares afuera,

« ¡Cuándo te verán venir
Para alivio de mis penas! »

II.

Torna á estos valles tranquilos
Y alegra con tu presencia
Mi corazon que se muere,
Que se muere de tristeza.
Y si no fueron mentidas
Tus amorosas promesas,
Si fué el corazon, no el labio,
El que en estas arboledas
Me juró cien y cien veces
Amor y constancia eterna,
Aquí encontrarás la gloria
Mas cumplida de la tierra,
Si un corazon necesitas
Que tu corazon comprenda,
Si necesitas una alma
De esas que su gloria encuentran
En la adoracion ardiente
De todo cuanto se eleva
Por generoso y por bello
Sobre la vulgar miseria,
Ese corazon y esa alma
En estos valles te esperan.
Cansados están mis ojos
De llorar tu larga ausencia.
Ojos que te vieron ir
Por esos mares afuera,
« ¡Cuándo te verán venir
Para alivio de mis penas! »

ANTONIO DE TRUEBA.

Visita

DE S. M. LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA Á LA VILLA
PARTOUNEAUX, CERCA DE MENTON.

Durante su residencia en Niza, S. M. la emperatriz viuda de Rusia habia oido hablar con tantos elogios de la hermosura verdaderamente maravillosa de ese rincón de tierra cuyo clima privilegiado nada tiene que envidiar á Niza ni á Nápoles, que se propuso visitar esos lugares pintorescos. Apenas habia manifestado esta intencion, cuando el señor Boschi, intendente general de Niza, corria á Menton, donde hubo de elegir entre todas las habitaciones que le ofrecieron para recibir á S. M., la villa del señor baron de Partouneaux, cuya vista publicamos. En efecto, desde la meseta donde se halla edificada, se descubre perfectamente el soberbio panorama cuyos esplendores pueden admirarse así en todo su conjunto. Desde esa altura que domina el paisaje, entre los deliciosos valles de Valdecari y de Boirigo, la vista se extiende hasta Bordigea, pueblecito genovés, abraza todo Menton y penetra en la inmensidad de los mares cuyas olas azules bañan la costa dibujando mil graciosos contornos.

Delante se extiende un vasto territorio sembrado de bonitas villas, cubierto de flores, de frutas y de verdura con avenidas de plátanos, bosques de limoneros y de naranjos y olivares, bajo los cuales circula un aire balsámico refrescado por una suave brisa del mar. Para contrastar de esos verdes valles se descubre un círculo sereno de montañas peladas en anfiteatro.

Tal es el espectáculo de una armonía espléndida que Menton debia ofrecer á la emperatriz Alejandra. — S. M. llegó en efecto, el 26 de marzo, acompañada de S. A. I. la gran duquesa Olga, su hija; de S. A. R. el príncipe hereditario de Wurtemberg, su yerno; de S. A. R. el príncipe Carlos su hermano, y con una comitiva numerosa y brillante cuya lista damos aquí á título de recuerdo histórico.

La condesa Godovitche, — la baronesa Fredericich, — la baronesa Stalhe, — la baronesa Readerr.

S. A. la princesa Galitzin, — S. A. la princesa Trobeskoi, — la condesa Tolstoy, — la baronesa Korff.

S. E. el conde Wielhorschi, gran mariscal de S. M. el emperador, agregado á la casa de S. M. la emperatriz Alejandra, — S. E. el conde Apraxin, general de caballería, edecan de S. M. el emperador, agregado á la casa de S. M. la emperatriz Alejandra, — el conde Albenierschi, edecan de S. M. el emperador de Rusia, — el conde Zuboff, chambelan de S. M. el emperador, — el conde Golowin, — S. E. el general conde de Stachelberg, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de S. M. el rey de Cerdeña, — la condesa de Stachelberg, — el conde Schouvaloff, secretario de la legacion rusa en Lóndres, agregado á la casa de S. M. la emperatriz, — la condesa Schouvaloff, — M. de Storch, consejero de Estado, secretario de gabinete de S. M. la emperatriz, — M. Kolochine, secretario de la legacion imperial rusa cerca de S. M. el rey de Cerdeña, — M. Rey, consejero de Estado, secretario actual de la casa de S. M. la emperatriz Alejandra, — el doctor Karell, médico de S. M. la emperatriz, — De Berens, contra-almirante de la casa imperial rusa, — Du Hamel, capitan de la marina rusa, — el caballero Aurovitz, médico en jefe de la marina rusa, — el baron Rosen, caballero mayor de S. A. I. la gran duquesa Elena, — M. Ber-nan de Lerche, secretario imperial de la gran duquesa Elena, — el marqués Luchesini, chambelan de S. M. el rey de Prusia, mariscal de la corte de S. A. R. el príncipe Carlos de Prusia, — el conde Zeppelin, gran maestro de la casa de S. A. R. el príncipe de Wurtemberg, — el conde de Wimpffem, edecan de S. A. R. el príncipe de Wurtemberg, — el conde de Gorowski, hermano político de don Francisco, marido de la reina Isabel, — el caballero Boschi, intendente general de Niza, — el conde Salasca, general y



Villa perteneciente al señor conde Partouneaux en Menton, dibujo sacado cuando la visita de S. M. la emperatriz de Rusia.

prefecto del palacio de S. M. el rey de Cerdeña, — el caballero d'Augro-gna, general de S. M. el rey de Cerdeña, — el caballero Albini, coronel de la marina sarda, comandante del *Governo-la*, el conde de Aglié, gentil hombre de cámara de S. M. el rey Cerdeña, — la condesa de Aglié, — el marqués Boyl, — la marquesa Boyl, — el general de division conde Partouneaux, comandante de la caballería de Lion, — el caballero C. de Monleon, sindico de Menton, — M. A. Hébert, capitán del primero de lanceros, y el señor baron de Partouneaux.

Un almuerzo ordenado por el intendente general de Niza esperaba á S. M. en la azotea de la *villa* desde donde pudo contemplar en toda su magnificencia el cuadro tan rico y tan imponente que se desarrollaba ante sus ojos.

N. D.

Preliminares de la expedición de la Kabília.

Tenemos á la vista una crecida cantidad de documentos oficiales y particulares sobre los triunfos obtenidos por las armas francesas en Africa, y de ellos vamos á extraer lo mas interesante, procurando que el relato de las operaciones, dirigido



Ponche ofrecido por los oficiales del 3.^o regimiento de zuavos á sus compañeros en el bivac de Abit-Chamlal, á la falda de las montañas de los Beni-Raten.

principalmente á explicar los dibujos que deben acompañarle, presente en su resumen un conjunto que instruya completamente al lector, sin mucha fatiga en su lectura. Principiaremos por bosquejar unos episodios de esa alegría que nunca falta al soldado francés cuando se halla en visperas del peligro.

El 19 de mayo por la tarde el valle entre Tizi-Uzu y los Beni-Fraucen ofrecía un hermoso espectáculo.

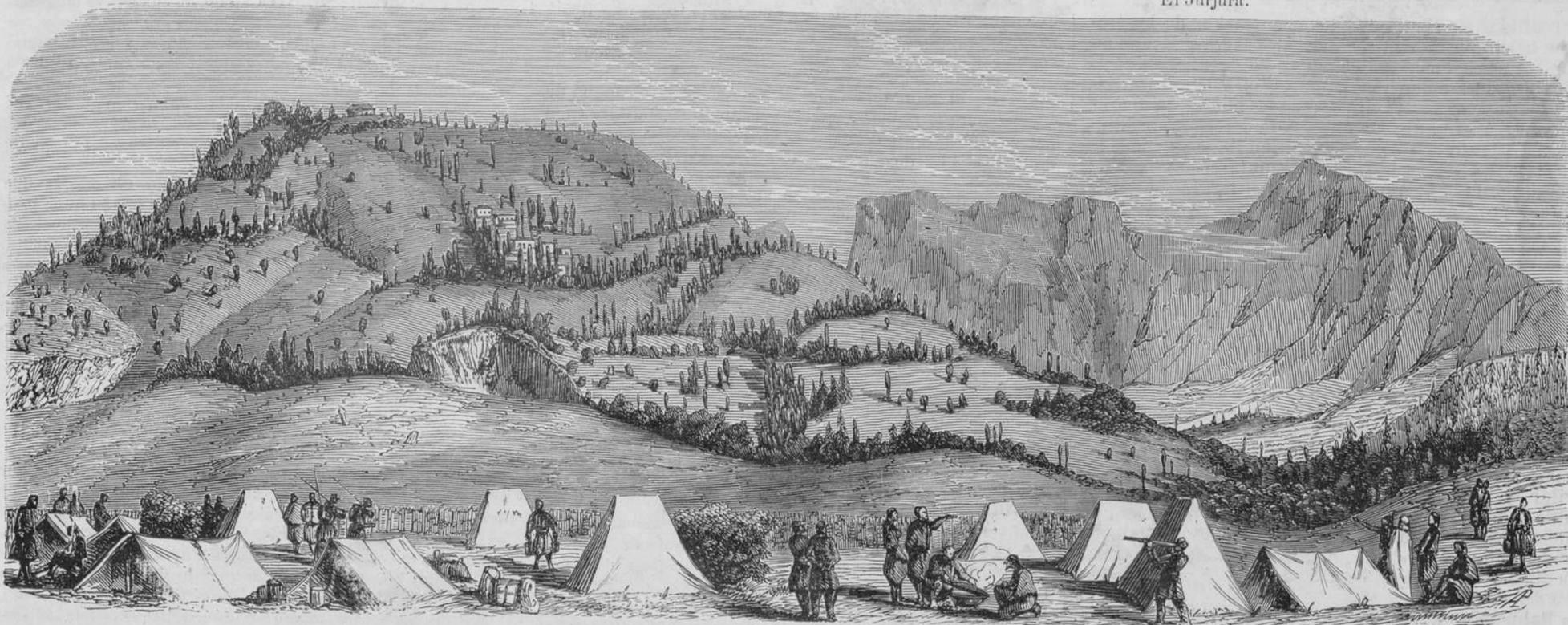
Las tres divisiones á las órdenes del mariscal gobernador tomaban posición sobre la orilla izquierda del Ued-Sebau. A la derecha en la confluencia del Ued-Aissi, la division Renault, en el centro la division Yusuf, á la izquierda la division MacMahon, se desplegaban enfrente de las cuevas de los Beni-Raten.

Esta última division compuesta de las dos brigadas suministradas por las provincias de Oran y de Constantina, reunía dos de esos regimientos que los peligros reunen siempre, el 2.^o y el 3.^o de zuavos. El 3.^o que llegó antes, quiso recibir dignamente al otro.

A las siete se habian alzado grandes tiendas sobre una meseta cubierta de verdura. Las hermosas flores de los campos mezcladas artísticamente con las armas y las luces, formaban graciosos adornos, cambiando en un salon de

Centro de los Beni-Raten.

El Jurjura.

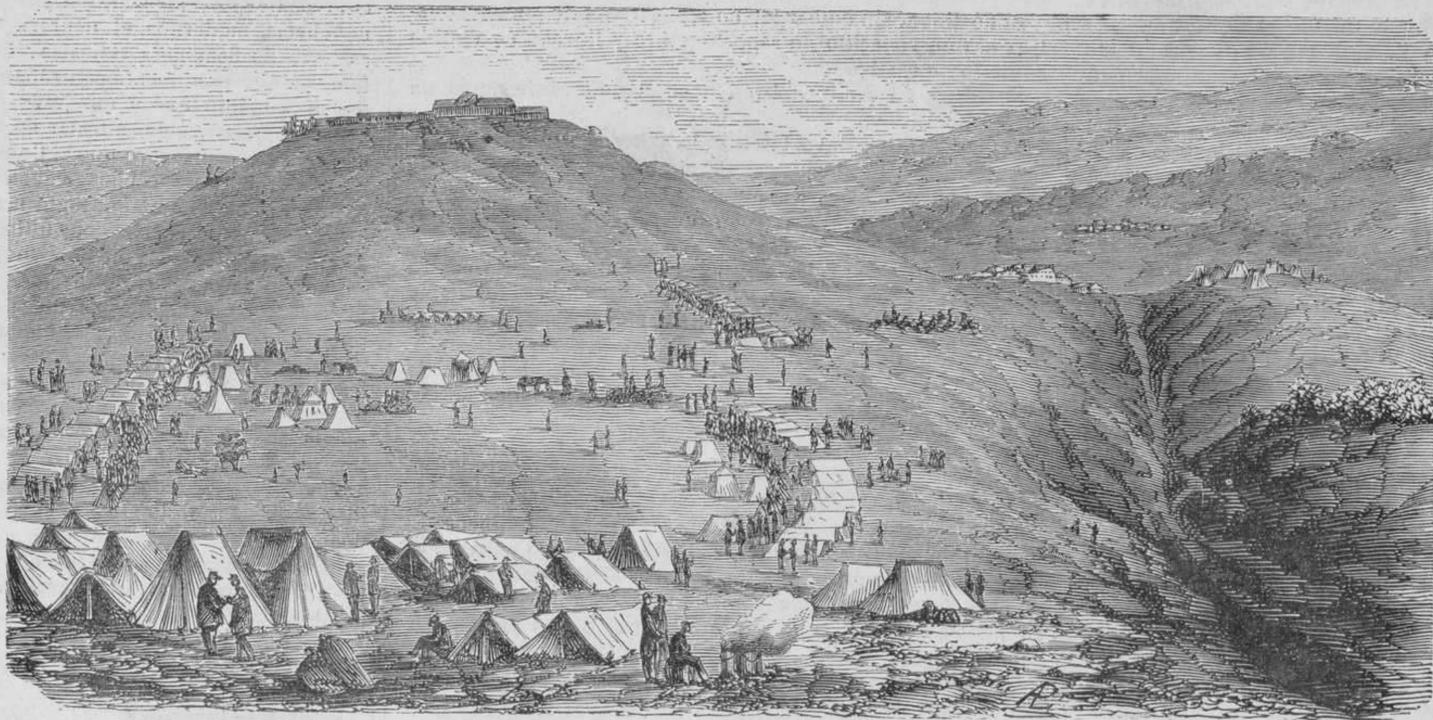


Expedicion contra los kabilas. — Campamento del 2º batallon de tiradores argelinos, 1º regimiento.

baile aquellos abrigos que debian servir luego de hospitales de sangre.

Por la noche los oficiales de los tres regimientos de zuavos se encontraban juntos bajo aquella galería improvisada. Los generales Burbaki y Perigot, que mandaban las brigadas de Oran y de Constantina presidian la reunion.

En visperas de escalar las dificiles posiciones de los Beni-Raten, baluarte de los Zuauas y de toda la grande Kabilia, en los momentos de entrar á combatir otra vez mas por la Francia y por su gloria, los oficiales brindaban ale-

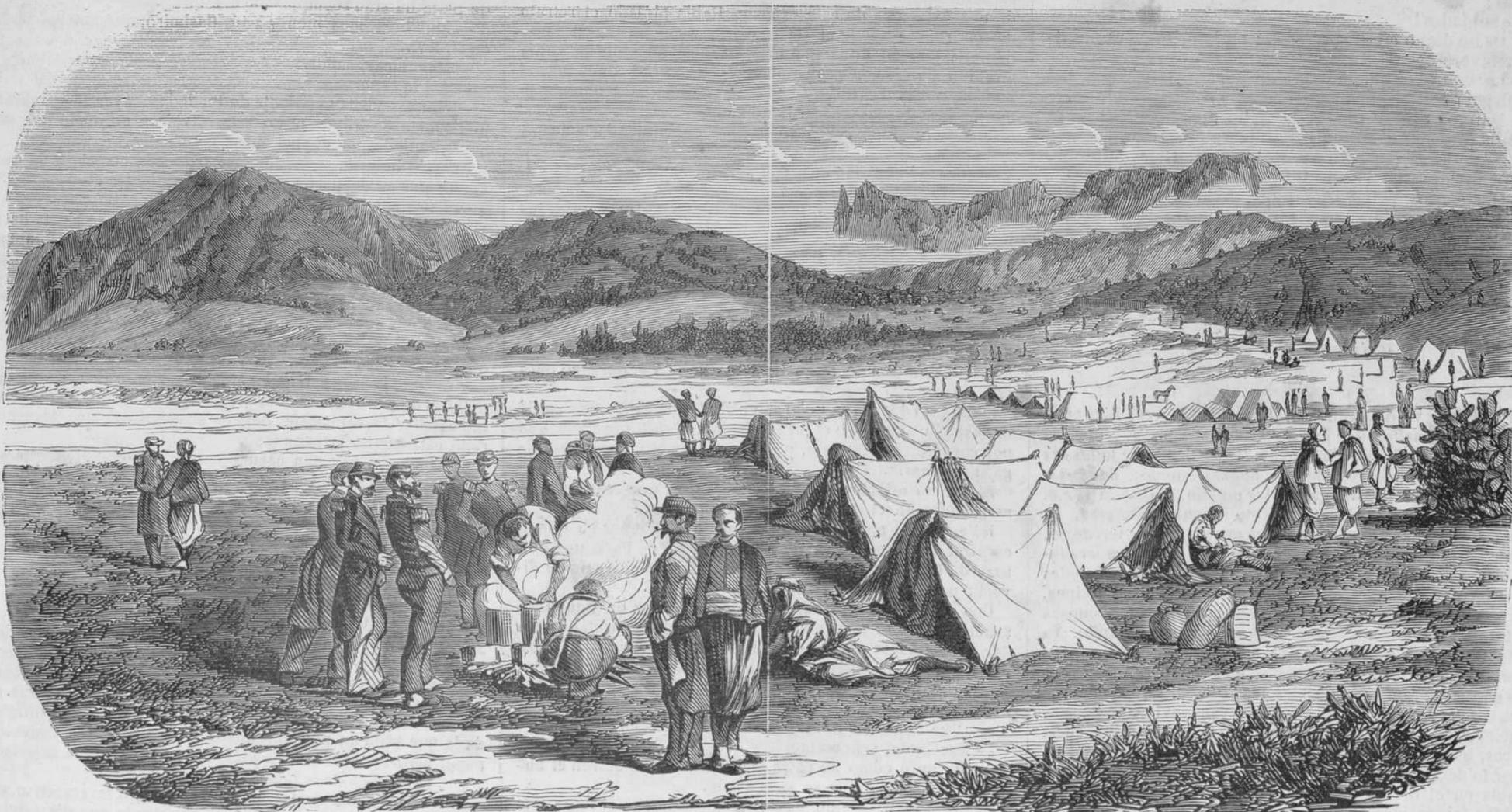


Campamento de la division Renault delante de Bórji-Tizi-Uzu.

gremente al emperador, al ejército, á los zuavos y al triunfo de las armas nacionales en aquella parte hasta entonces insumisa de la Argelia.

El mismo dia por la tarde los sargentos, cabos y soldados del tercer regimiento de zuavos recibian á sus compañeros de los otros regimientos, y los ecos de los Beni-Raten repetian sus gritos de júbilo y sus cantos guerreros.

Como dice el mariscal Randon en su parte, las provisiones y municiones necesarias para la campaña que estaban á punto de emprender, se halla-



Campamento del 8º batallon de cazadores de infantería.

ban reunidas en Tizi-Uzu. La concentracion de las tropas se efectuó allí el 21 de mayo. Las tres divisiones completamente constituidas aquel día, ocupaban en el valle sobre una extension de unos ocho kilómetros, tres campos diferentes á proximidad de los puntos de ataque reservados á cada una de ellas, á la derecha, en Sikumeddur, la primera division (division Renault): al centro, en el Kamis, la tercera division (division Yusuf): á la izquierda, la segunda division (division de MacMahon), en El-Zauia.

En los días 21 y 22 una lluvia abundante hizo imposible todo movimiento defensivo.

« Este reposo forzado, añade el mariscal Randon, me permitió reconocer y estudiar mejor la direccion que convenia dar á las columnas de ataque y tomar todas las medidas de detalle propias para asegurar el éxito.

» Dos campos de reserva fueron preparados y rápidamente instalados, uno para las divisiones Yusuf y MacMahon en el Kamis, otro para la division Renault en Sikumeddur. Estos campos que debieron ser guardados cada uno por dos batallones de infantería y la caballería, estaban destinados á proteger nuestras comunicaciones, á facilitar la evacuacion de nuestros heridos y recibir un abastecimiento de víveres y municiones. Confié el mando superior de estos campos al coronel de Fenelon. Resolví que las columnas de ataque fuesen aligeradas lo mas posible; los hombres debian montar sin mochilas y llevar solo consigo galleta y carne cocida para dos días.

» Habiéndose puesto bueno el tiempo en la mañana del 23 di órden de ataque para el otro día. Nuestras tropas que manifestaban el mayor ardor acogieron esta órden con entusiasmo y la saludaron con aclamaciones estrepitosas. Adjunta hallareis mi órden del día.

» Antes de dar cuenta á V. E. del movimiento de las columnas creo deber hacer una descripcion topográfica del terreno en donde debian operar.

» Suck-el-Arba, punto central del pais de los Beni-Raten, á 1,005 metros de elevacion, forma el lazo y como la llave verdadera de sus montañas. De esa llanura donde yo queria establecerme para dominar el pais, se destacaron tres gruesos contrafuertes que bajan á la llanura del Sebau por cuevas pendientes y por sitios abruptos. Sobre las crestas estrechas de esos contrafuertes se elevan por intervalos unos picos pedregosos que forman como una serie de fortificaciones naturales. Sobre esos picos, verdaderos nidos de águilas, están las principales aldeas de los Beni-Raten; barrancos profundos, matorrales y á veces cuevas á pico hacen imposible toda comunicacion entre esos tres últimos contrafuertes. Hállanse ocupados por las tres principales fracciones de los Beni-Raten; al Este los Ait-Unalu; al centro los Ait-Akerma, y al Oeste los Irdjers.

» Yo habia resuelto abrirme un camino hasta el Suck-el-Arba por las crestas de los Ait-Akerma y las de los Irdjers, las de acceso mas difícil, pero tambien las mas militares, porque dominan mejor ese pais desigual.

» La division Renault debia elevarse sobre la cresta de los Irdjers.

» Las divisiones Yusuf y de MacMahon debian invadir el pais de los Ait-Akerma sobre dos direcciones diferentes.

Hé aquí la órden del día que cita en su parte el mariscal:

« ¡Soldados!

» Os he dicho en otra ocasion: en la primavera próxima volveremos para proseguir nuestra obra.

» La voluntad del emperador y las instrucciones del ministro me han permitido cumplir con mi promesa.

» Mañana atacaremos á la tribu mas poderosa de la Kabilia que se defenderá sin duda valerosamente.

» Mayor será por esto vuestra gloria. Gefes entendidos os dirigen, el triunfo no es dudoso.

» Obstáculos, peligros, fatigas, todo se borrará ante vuestro ardor; marchad y pronto vuestro grito de victoria: ¡Viva el emperador! resonará en la cumbre de las montañas.»

Revista de Paris.

Si escriben ya de Trouville, Spa, Plombières, Dieppe y Vichy que no saben donde colocar tanto viajero, ¿qué nos escribirán de Baden próximamente? — Baden tiene todos los veranos una crecida cantidad de altezas, condes, duques y marqueses de las cuatro partes del mundo, pero esta vez el catálogo debe aumentarse en proporciones inmensas. La Rusia y la Francia van á sellar su amistad en su territorio, donde parece debe efectuarse la entrevista de los emperadores. No hay para qué añadir que la visita de huéspedes tan augustos con su correspondiente séquito de príncipes, mariscales y grandes señores de ambos imperios, ocasionará fiestas en Baden como nunca se han visto en el mundo. Ya se habla de los preparativos; ya comienzan á circular programas seductores: los pianistas mas célebres, las voces mas encantadoras, las orquestas mas escogidas, los cómicos de mas fama, han recibido á esta hora sus invitaciones: será aquello una fiesta continua, donde estarán en permanencia teatros, bailes y conciertos.

Por lo demás este movimiento continuo de soberanos que se nota en el día, no puede menos de proporcionar á los pueblos favorecidos por los altos viajeros esas series de placeres y diversiones que por fortuna causan la admiracion del contribuyente. No sucedia lo mismo en otras épocas cuando en vez de desplegar la ostentacion actual, el soberano

que por casualidad salia de sus Estados, lo hacia casi furtivamente y proponiéndose observar con todo rigor un incógnito que se respetaba mas ó menos. Esto nos recuerda una anécdota curiosa.

Cuando el emperador José II vino á Paris, el duque de Wurtemberg le suplicó encarecidamente que se apeara en el palacio ducal de Stuttgart; á lo cual contestó el emperador que viajaba de incógnito y que queria parar en la posada del pueblo.

El gran duque burlado en sus esperanzas ideó esta estratagemá. Mandó á todos los posaderos de Stuttgart que quitaran las muestras y letreros de sus establecimientos respectivos, y colocó sobre la puerta del palacio ducal un rótulo en letras doradas que decia: FONDA DEL EMPERADOR.

El soberano comprendió la astucia, pero sin darse por entendido quiso continuar la broma hasta lo último. Se apeó del coche á la puerta de aquella posada de nueva especie y fué recibido por el gran duque de Wurtemberg en persona, vestido con el traje tradicional, esto es, chaqueta, pantalón, mandil y gorro blanco: los criados del palacio ducal habian dejado sus libreas; los personajes principales del Wurtemberg vestian de mayordomos, pasteleros y mozos de servicio, y todas las damas habian cambiado sus mantos de cola y sus enormes tocados de plumas por el zagalajo corto de las maritornes.

El emperador se divirtió en extremo con esta mascarada que se prolongó mientras él estuvo en el palacio, y de esa manera se respetó el incógnito. Por fin, habiendo llegado el instante de la marcha, se presentaron á decir al viajero que la silla de posta estaba dispuesta y enganchados los caballos. El emperador sale de su posada, á la puerta da muchas gracias al fondista, hace cuatro fiestas á las mozas mas guapas y se mete en el carruaje.

El postillon, sin embargo, no tenia trazas de persona ilustre; era un viejecillo de aspecto pobre y llevaba un vestido cubierto de remiendos.

— ¡Gracias á Dios! exclamó el emperador; este no es un cortesano.

El tal postillon llevó la silla de posta con una rapidez y una destreza que demostraban un hombre ducho en el oficio. El emperador estaba muy contento.

— ¡Habria querido ver en su lugar, decia, á uno de nuestros margraves disfrazados!

El coche llega al relevo despues de haber andado cuatro leguas largas en menos de una hora. El emperador llama al postillon para darle una buena propina, pero hé aquí que le responden:

— Es el príncipe X... que ha querido tener el honor de traer aquí á S. M. con sus mejores caballos guiados por su mano propia.

El hecho es histórico.

Apenas se concluyó la exposicion de flores en el palacio de los Campos Eliseos, cuando se abrió la exposicion de pintura anual de los artistas franceses contemporáneos. El número de cuadros admitidos es bastante grande, y hay muchas obras de mérito, aunque los mas altos maestros de la escuela francesa no han enviado nada. En breve daremos en nuestro periódico las reproducciones de los principales cuadros.

Como de costumbre abundan los retratos de personas desconocidas, sobre todo los de señoras: es de muy buen tono figurar en las exposiciones de pinturas, y hay damas que exigen al artista este requisito al encargar la ejecucion de su bella imagen. Un artista de talento acaba de ser víctima de una exigencia de esta especie. Habia pintado el retrato de una señora ya de cierta edad, de fisonomía poco agradable, y que sin duda por esta circunstancia no se habia atrevido á imponer previamente la susodicha condicion, si bien se reservaba trabajar todo lo posible para obtener lo que en secreto deseaba ardentemente.

Cuando el pintor concluyó su obra quiso mandarla á casa de la señora.

— ¡Cómo! exclamó esta con acritud; ¿no presentará Vd. mi retrato en la Exposicion?

El artista respondió que no le habia pintado con tales intenciones; ella se puso seria.

— Pero señora mia, no puedo enviar mas que cierto número de cuadros.

— Pues ponga Vd. el mio entre ellos.

— ¡Imposible! están enviados ya.

— Entonces se quedará Vd. con el retrato; si no va á la Exposicion no le recibo.

— Reclamaré ante la justicia, no tiene Vd. derecho para eso.

— Haga Vd. lo que quiera, yo diré que si no está en la Exposicion es porque el jurado no ha querido admitirle, que por consiguiente es malo, y que siendo malo, no estoy obligada á tomarle.

El retrato estaba ajustado en mil pesos, que seguramente no perderá el artista si acude á la justicia.

Hé aquí una anecdotilla que, en estos tiempos en que la carestía de las casas hace de cada inquilino de Paris una víctima de la ambicion de su propietario, no ha dejado de divertir un poco á varias personas.

Uno de estos caseros insaciables poseedor de una finca soberbia en un barrio de los principales de la capital, quiso dar últimamente uno de esos golpes tan repetidos en estos últimos tiempos contra el bolsillo de los habitantes de su casa. Nuestro hombre queria aumentar sus rentas sin acudir á la Bolsa y pensó naturalmente en sus inquilinos.

— ¿Qué te parece la idea? preguntó al portero.

— Excelente, señor amo.

— Sí, pero como no es la primera vez que sufren el aumento podria ser que se marcharan.

— Otros vendrian, no hay que acongojarse; si fuera mia la casa me habia de producir otro tanto de lo que produce.

— Muy bien; quiere decir que te encargas de notificar á todos mi soberana voluntad.

— Nada mas fácil; Vd. verá como no se marcha ninguno, aunque griten un poco.

El portero llenó su difícil mision con el celo, la inteligencia y la habilidad que caracterizan para estos asuntos á los conserjes de Paris.

La comunicacion no fué recibida con el mayor agrado; hubo protestas en grande, pero despues llegaron las sumisiones: se trataba de un aumento de veinticinco por ciento en el alquiler de todos los vecinos.

Poco tiempo habia trascurrido cuando un sugeto que ocupaba todo el cuarto principal fué á visitar á su buen propietario que vivia en el segundo, y le hizo la proposicion de tomárselo en arriendo toda la casa por su propia cuenta. El dueño comprendiendo al punto las ventajas de la oferta aceptó inmediatamente.

Se hizo pues la escritura con todas las formalidades que mandó la ley, y el inquilino reemplazó al casero por cierto número de años. Pero á la otra mañana este recibia del ex-inquilino, por medio de un alguacil y con todos los requisitos correspondientes, la notificacion de que aumentaba 2,000 pesos el alquiler de su vivienda.

El asombro de nuestro hombre fué muy grande; pero no hubo remedio, fué preciso someterse ó buscar cuarto.

El infeliz casero habia olvidado estipular en la cesion que hizo á su inquilino, las reservas correspondientes al local que ocupaba, y esto cuando acababa de gastar cerca de cuatro mil pesos en obras interiores y de ornato. Pero su adversario no quiso transigir, y á su turno nuestro hombre vino á ser víctima de su avaricia y tuvo que sufrir la dura ley que tantas veces habia impuesto á los otros.

No son tan escasos como se cree los tipos del avaro sordido en Paris. Justamente la crónica de esta semana nos suministra apuntes biográficos sobre un individuo que ha sido castigado con severidad por delito de usura. Segun los novelistas modernos el usurero es un hombre enjuto de carnes, de fisonomía siniestra, de aspecto miserable; un hombre que se alimenta con rábanos negros como el M. Rodin de Eugenio Sue y que vive en una madriguera. Este señor de quien vamos á tratar no tenia nada de esto; á pesar de ser mas usurero que el Gobseck de Balzac vivia como un príncipe, tenia coches, caballos, rica mesa y palco en la Opera; ocupaba un aposento magnífico en uno de los mejores barrios de Paris, y por último era un arrogante mozo, á quien recibian muy bien en todas partes.

Aunque carecia de oficio conocido, habia clavado en la puerta de su gabinete una placa indicando el despacho de un hombre de negocios; el que abria la puerta se encontraba en un cuarto donde se veian estantes llepos de papeles, una caja de hierro embutida en la pared, varios sillones, un escritorio magnífico y dos mesas bajas para dos escribientes que devoraban con sus plumas laboriosas cuadernillos de papel sellado.

El usurero vestido con un pantalon de casa y una bata lujosa, pasaba el tiempo fumando ricos habanos y redondeándose las uñas con una lima inglesa.

Hé aquí una escena de este interior:

— ¡Francisco! exclama dirigiéndose á uno de los dependientes.

— ¿Qué quiere Vd., señor?

— ¿Has ido á la calle de tal, número tantos?

— Sí señor.

— ¿Y qué tenemos?

— No han pagado al casero los últimos tres meses de alquiler; — han despedido á la doncella; — todo el servicio de plata ha sido reemplazado con otro falso.

— Muy bien, muy bien. ¿Y tú, Casimiro, qué noticias traes de M. X?...

— Magníficas, señor.

— Así lo esperaba.

— Muchas visitas al Monte de Piedad; — ayer no pagaron una cuenta de treinta pesos y devolvieron un piano que tenían alquilado por cuatro duros mensuales.

Nuestro hombre se levanta, se frota las manos, y da una vuelta por su despacho diciendo entre dientes:

— Estos son míos ya.

El usurero tenia una policia particular siempre alerta para adivinar y descubrir la desgracia, oficio de galgo. ¡Cuántas familias que pasan por ricas en Paris figuran, sin que ellas lo sospechen, en los libros de la casa!

— ¡Aquí está mi ejército de reserva! decia á menudo leyendo todos aquellos nombres; dentro de un año, dentro de seis meses, mañana quizás, todos estos serán mis parroquianos.

Y cuando la caza estaba levantada y bien á tiro, segun las noticias de los descubridores, la víspera del día en que debia estallar la catástrofe, llegaba á manos del rico desesperado esta cartita franca:

« Caballero: por una casualidad he podido saber que se encuentra Vd. en un terrible apuro, y como justamente me hallo en posesion de capitales, sin empleo por ahora, me agradaria hacer una buena accion, al propio tiempo que colocaba mi dinero con las garantías correspondientes.

« Si tiene Vd. la bondad de pasar á mi casa, me parece que nos entenderemos con facilidad sobre las condiciones.

« Soy de Vd. afmo. S. S. Q. S. M. B. (Sigue la firma.)»

Hé aquí lo que sucedia las mas veces.

El que recibia esta carta la arrojaba al suelo enfurecido, pero la miseria, los apuros, las humillaciones que llamaban fuertemente á la puerta en forma de acreedores inaccesibles á todo sentimiento de humanidad, le hacian encaminarse al instante mas que á paso á la morada que indicaba el billete, de la que traia un poco de dinero dejando allí una firma en papel sellado, esto es, en cambio del reposo, de la libertad, y con frecuencia de la honra.

El usurero daba fiestas suntuosas que no le costaban un maravedí, pues las pagaban exclusivamente sus parroquianos. El pianista á la moda tan aplaudido por la pureza, la elegancia y la maestría de su ejecucion era uno de ellos; el

tenor de voz tan simpática y ligera, era otro; los sorbetes, el ponche y los pastelillos provenían también de buenos parroquianos... Y Dios sabe si aquellos infelices se habrían atrevido nunca á reclamar el pago de lo que entregaban!

Estas fiestas tenían un doble fin; como el personal de los convidados pertenecía en su mayor parte á la parroquia de la casa, el usurero con una simple ojeada calculaba por el aspecto, por los trajes, la situación verdadera de sus deudores.

Las palabritas que dirigía de cuando en cuando á varias de las personas convidadas no carecían de intención; iban de rechas al grano.

— Amigo mío, decía á un comerciante, el vestido de seda que lleva su señora de Vd. se va poniendo feo... ¿Los negocios no prosperan?... Lo sentiría, porque tengo un pagaré de Vd. que vence próximamente, y necesito mi dinero.

Y luego acercándose á un artista le preguntaba con insolencia:

— ¿Con que no se ha principiado aun el famoso cuadro que debían encargarle, según me dijo? Al verle á Vd. con un guante nada más, me figuro que el tal encargo es una ficción, y debe Vd. tener entendido que quiero mi dinero sin tardanza.

Y más allá, viendo á un joven que apuntaba dos reales en el juego, le decía:

— ¡Un señorito como Vd. juega dos reales!... Vamos, esto me indica que se acabó el taleguillo, y voy á escribir á su padre de Vd. inmediatamente.

Triste y doloroso debía ser el espectáculo que presentaba toda aquella gente obligada por la voluntad del usurero á fingir alegría cuando la angustia y el temor reinaban en los corazones.

Pero ¡ay! del que mostraba una frente cargada de nubes, un rostro macilento y sombrío. Al punto el usurero se acercaba diciéndole á media voz:

— ¡Qué diantre!... muy mala debe ser su posición de Vd. para que con ese aire tan fúnebre se pasee Vd. por mis salones!... Vamos, vamos, trate Vd. de divertirse un poquillo más, pues de otro modo tendré motivos para creer que está Vd. pensando en la quiebra ó en el suicidio. Si ese caso llegara, le prevengo á Vd. que están tomadas y bien todas mis medidas.

Y el pobre diablo interpelado de tal modo se apresuraba á enterrar sus tristezas bajo una máscara de alegría.

— En hora buena, continuaba al notar el cambio; así me gustan á mí las personas; viveza, gozo, locura, ¡qué diantre! no tenemos más que una vida, ¿á qué apesadumbrarnos?

Concluimos la pintura de su carácter con este rasgo: no jugaba nunca, pero permitía que se jugase en su casa. Andaba alerta por todas las mesas, y exigía un impuesto de cincuenta por ciento á los favorecidos por la suerte; inútil será añadir que á los jugadores maltratados por la fortuna, no les regalaba jamás la mitad de las pérdidas que habían sufrido.

Al propio tiempo que los periódicos de París nos descubrieron los manejos de este singular personaje, anunciaban la venta de una colección de objetos pertenecientes á la señora B*** que ha muerto en la última semana. La historia de esta mujer es otra página del libro de los avaros. Hace muchos años que vivía retirada en Fontainebleau sumergida en el aislamiento más profundo, y casi en la miseria, después de haber sido una bailarina de la Ópera de mucha fama y muy á la moda en tiempo del Consulado y del Imperio. Durante sus años floridos había acumulado una gran fortuna, en obras maestras del lujo y del gusto del último siglo, que supo trasladar á su habitación de Fontainebleau y esconder de modo que nadie sospechó nunca su existencia.

Todo cuanto pudo ofrecerla la galantería de los generales, embajadores y demás personajes de aquellos tiempos se ha encontrado en su colección conservada religiosamente. Son reliquias perfumadas, recuerdos orlados de diamantes, las memorias de una bailarina célebre en mil capítulos á cual más preciosos. Júzguese cuál sería el asombro de las personas que entraron con el comisario al ver tantas riquezas reunidas en una casa pobre, donde por tantos años había reinado soberanamente la avaricia, palabra que se mostraba escrita en todo lo aparente.

Pero los armarios se abren, y entonces se ven resplandecer mil y mil maravillas; ricos telas, cadenas de oro, brazaletes, diademas, cien miniaturas representando á los hombres más ó menos ilustres de otra época; estas miniaturas interesan poquísimamente á la generación actual, pues las personas figuradas en ellas son desconocidas, pero todas están rodeadas de perlas y diamantes; había también grandes camafeos, esmaltes antiguos, obras maestras de Sajonia y de Sevres, alhajas cinceladas con arte, y por último unos treinta cuadros de grandes pintores.

Nadie disfrutará de esta fortuna inmensa. Hay en el estado civil de la hija de la difunta cierta irregularidad que anula sus derechos de hija ante la ley. La señora B*** murió sin testar. Nunca gozó de nada, pues lo mismo guardaba las monedas de oro que las joyas; sus rentas se han ido acumulando hace cincuenta años, y todo ello es para el fisco.

Terminaremos con esta anecdotilla de la semana:

M. R... enfermo de viruelas, sudaba copiosamente entre cuatro mantas de lana y un colchón de pluma, según le había encargado su médico.

De repente aparece á su vista un sugeto de buen porte que le dice con mucha urbanidad:

— Caballero, no se mueva V.; sé muy bien que el menor movimiento puede ser mortal en el estado en que se halla; dígame Vd. donde tiene sus alhajas y su dinero.

— ¿Qué pregunta es esa? ¡Mis alhajas y mi dinero!... ¡Infame! Salga Vd. de aquí inmediatamente.

— No se mueva Vd. Si estima Vd. en algo su salud, no se mueva Vd... ¡Ah! tenga Vd. cuidado con esa enfermedad peligrosa; va en ello su vida.

— Salga Vd. ó llamo.

Al menor ademán abro las vidrieras, y no ignora Vd. que el aire, si no le mata, le dejará á Vd. desfigurado, feísimo... Pero aquí veo el reloj... muy bien... ahora el dinero.

— ¡Miserable ladrón!

— No se mueva Vd., ó doy entrada al viento. Vamos, deséchemonos, ¿dónde está la moneda?

— Ahí en ese escritorio, murmura el desgraciado enfermo.

El desconocido abre las gavetas y se apodera de lo que le parece.

— Muy bien, veo que es Vd. un hombre razonable. A fe mía, habría sentido agravar su enfermedad. Quede Vd. con Dios, caballero, deseo que sane V. pronto.

Y sin otras razones el ladrón cargado con su botín desaparece como una sombra.

Si la justicia acordara las circunstancias atenuantes por el ingenio en la perpetración de los delitos, no hay duda que este caso merecería una indulgencia extraordinaria.

MARIANO URRABIETA.

La guerra en la Kabília.

Después de la exposición que damos en el artículo precedente, podemos entrar ahora en la relación del ataque contra los kabilas.

El 24 al despuntar el día se movieron las columnas.

La posición que era preciso tomar desde luego para entrar en medio del enemigo, era la de las dos crestas de los Irdjers y de los Akerma. La distancia que había que atravesar no era muy grande. A vista de pájaro se cuentan apenas seis kilómetros entre Afensu y el Sebau; pero sin embargo, las dificultades eran inmensas.

En ese corto espacio la diferencia de nivel entre los puntos de salida y de llegada se eleva en los Akerma á más de 800 metros; por todas partes el terreno se halla cubierto generalmente, cortado por barrancos casi á pico en muchos lugares, y el terreno se hallaba defendido en fin por los Beni-Raten, tan afamados por su arrojo y también por los contingentes de las tribus guerreras de las cercanías, circunstancias excepcionales que hacían del ataque de esa posición una de las operaciones más difíciles y vigorosas que el ejército de África ha tenido que combatir jamás.

A continuación copiamos el detalle de las operaciones del 24 del parte del mariscal Randon que resume las partes de los generales:

« La división de la izquierda (Mac-Mahon) debía entrar la primera en acción á las cuatro y media y estaba formada en columnas de ataque al pie de la cuestas de las aldeas de Belias y de Tochraicha, sus primeros objetivos.

En primera línea, la primera brigada (Burbaki), formada en tres columnas; á la derecha, 2º de zuavos (coronel Saurin); al centro, 54º de línea (coronel Martineau-Deschenez); á la izquierda, 1º batallón del 2º extranjero (coronel Chabriere) y 11º batallón de cazadores de infantería (comandante Niepce), destacado de la segunda brigada.

En segunda línea, la segunda brigada (Périgot), compuesta del 93º de línea (coronel Paulze d'Ivoy); 3º de zuavos (coronel Chabron); 1º batallón del 3º de tiradores argelinos (comandante Cottrel); las secciones de artillería á las órdenes del capitán Clerc, colocadas entre las dos brigadas.

La caballería que cubría la izquierda de la segunda línea asegura nuestras comunicaciones con la llanura.

Un poco antes de las cinco la primera brigada precedida de una fuerte línea de tiradores comienza su movimiento ascensional; en un instante las primeras emboscadas que defienden el paso del barranco del Ued-Bu-Kaled son tomadas y salvadas, y el enemigo se retira á través de los campos de higueras que cubren la parte baja de la montaña.

En ese momento la artillería lanzaba granadas y cohetes sobre las numerosas trincheras dispuestas en torno de la aldea de Tacherai, residencia del morabito Cheik-el-Arab, hombre muy influyente y muy hostil á nuestra causa.

Las cabezas de columna de la primera brigada hábilmente dirigidas por el general Burbaki llegan resueltamente á la aldea por varios lados y la toman á pesar de una resistencia viva. Los kabilas son rechazados al barranco y fusilados á corta distancia por nuestra infantería.

Entre Tacherai y Belias que le domina de 300 metros, las columnas de ataque prosiguiendo su marcha encuentran fortificaciones de fuerte relieve; al punto las toman con un vigor extremo.

Dueño á las cinco y media de la posición de Belias, situada á 750 metros de elevación, el general Burbaki, después de un reposo de algunos minutos, continúa su rápido é irresistible movimiento de ataque contra la aldea de Afensu, distante aun 2,000 metros y situada sobre un pico pedregoso.

Arrastrados por sus jefes, los batallones cabeza de columna, 2º de zuavos y 54º se lanzan sobre Afensu; á las seis esta difícil posición estaba ocupada.

Ya estábamos solo separados de Suck-el-Arba por la aldea de Imai-Seren á unos dos kilómetros de Afensu. El general Mac-Mahon la hizo tomar por el 2º de zuavos que á las siete era dueño de ella.

Mientras los batallones de la primera brigada ejecu-

taban esa rápida ascension, el 11º batallón de cazadores de infantería y el 2º batallón del 93º que formaban la retaguardia y protegían la marcha difícil de nuestro hospitalillo con los heridos que se recogían, se veían vivamente atacados sobre su flanco izquierdo y su retaguardia. La precisión de tener que llevar los heridos á brazo entorpecía considerablemente la marcha; los kabilas se aprovecharon del incidente para intentar cargas ofensivas, pero nuestras tropas los rechazaron á la bayoneta hasta el barranco, de donde continuaron cambiando sus tiros con los de nuestras emboscadas.

Esta retaguardia, constantemente atacada por el enemigo, no pudo bivaquear hasta las dos.

El establecimiento en el bivaque de las tropas de la segunda división no terminó completamente la lucha, que fué continuada con vigor sobre las posiciones avanzadas en torno de Imai-Seren, ocupadas por el 2º de zuavos y el 54º. Los kabilas intentaron muchas veces desalojarnos; tuvimos que rechazarlos á la bayoneta, y en una de esas cargas el valiente comandante Boyer de Rebeval del 54º que la dirigía, á la cabeza de una compañía de ligeros, cayó mortalmente herido.

Las pérdidas de la segunda división en aquella jornada son estas: 30 muertos, entre ellos un oficial superior, el comandante Boyer de Rebeval, y 225 heridos, entre ellos M. Hervé, subteniente del 3º de zuavos, y M. Neige, teniente del 11º batallón de cazadores de infantería.

A las cuatro y media la división Yusuf había formado sus columnas de ataque. Columna de la derecha (general Gastu), compuesta de dos batallones del 1º de zuavos (coronel Collineau), y de los dos batallones del 60º de línea (coronel Pellé).

Esta columna debía atacar Yghil-Guefri.

La columna de la izquierda (general Deligny) tenía por objetivo la aldea de Lagmunt ó Gasfeld; se componía del 13º batallón de cazadores de infantería (comandante Pomard), de dos batallones del 45º (coronel Bataill-) y del tercer batallón del 1º de zuavos (comandante Lamel).

El 68º de línea (coronel de Chambilles) y un batallón del 73º estaban en reserva y formaban la columna del centro, donde estaba el general Yusuf.

La brigada Gastu llegó sin gran resistencia al pie del pico; pero allí fué recibida con un vivo fuego de fusilería, que precipitó su marcha. A pesar de lo pendiente de las cuestas, la aldea, flanqueada por la derecha, fué tomada con un arrojo irresistible, bien que los kabilas, abrigados detrás de sus murallas, aguardasen á veinte pasos las cabezas de la columna.

El 1º de zuavos y el 60º penetran por todas partes en la aldea, que los kabilas evacúan con precipitación, dejando sobre el terreno muchos cadáveres.

El teniente Busset, del 1º de zuavos, entró el primero en la aldea.

En esa ascension, de las más penosas, el general Gastu, que se había apeado, dirigió del modo más inteligente y más vigoroso las tropas de su brigada, conducidas por los coroneles Collineau y Pellé.

La aldea de Yghil-Guefri tomada, la brigada Gastu se prolonga sobre la cresta hácia Lagmunt y Fighilt-el-Hadj-Ali, donde al punto llega y se reúne la cabeza de columna de la brigada Deligny.

La columna del centro había seguido rápidamente el movimiento, y á las siete y media la tercera división era dueña de las posiciones y se ponía en comunicación con la división Mac-Mahon.

Los defensores de las aldeas tomadas por la tercera división se habían arrojado en el barranco de Hahel; el general Yusuf los hizo perseguir por el 1º batallón de zuavos, que mató muchos kabilas é hizo 20 prisioneros.

Esta jornada costó á la tercera división 3 hombres muertos y 32 heridos, y entre ellos un oficial herido, M. Bergasse, teniente del 1º de zuavos.

La división Renault, cuyo movimiento ascensional debía seguir una hora después el de las otras divisiones, estaba formada á las cinco y media en columnas de ataque.

La columna de la derecha (general de Limers):

4 compañías del 8º batallón de cazadores de infantería (comandante Brincur);

2º batallón del 23º de línea (coronel Luic);

1º batallón del 90º de línea (coronel Charlier) tenía por objetivos las aldeas de Djemma y de Tiguert-Hala.

La columna de la izquierda (coronel Rose):

1º batallón del 1º de tiradores indígenas (comandante Wolf);

Primera compañía del 8º batallón de cazadores de infantería (capitán Cheseret);

1º batallón del 90º (comandante Thuvénin) debía apoderarse de Taramint y unirse en seguida en Tiguert-Hala con la columna de su derecha.

El general Chapuis, con una tercera columna, compuesta de:

1 batallón de tiradores indígenas (comandante Gibon);

2 compañías del 8º batallón;

2 batallones del 41º (coronel Burgade) sostenían á retaguardia y en el centro el movimiento de las dos primeras columnas.

A una señal dada las columnas se ponen en movimiento, mientras la artillería, colocada en el cerro de Amor ó Djelbu, prepara el ataque tirando sobre la aldea de Djemma muchas salvas de cohetes y granadas.

La columna de Liniers, flanqueada á la derecha en los primeros momentos de su ascension por un escuadrón del 1º cazadores de África (coronel Fenelon), llega vivamente por la línea de las crestas sobre la aldea de Djemma, que toma con el mayor vigor, y luego prosig-

EXPEDICION CONTRA LOS KABILAS. — ACCION DEL 24 DE MAYO DE 1857.

Tegmunt-el-Chaif.

Tghul ó Mecladad.

Tikarouchi.

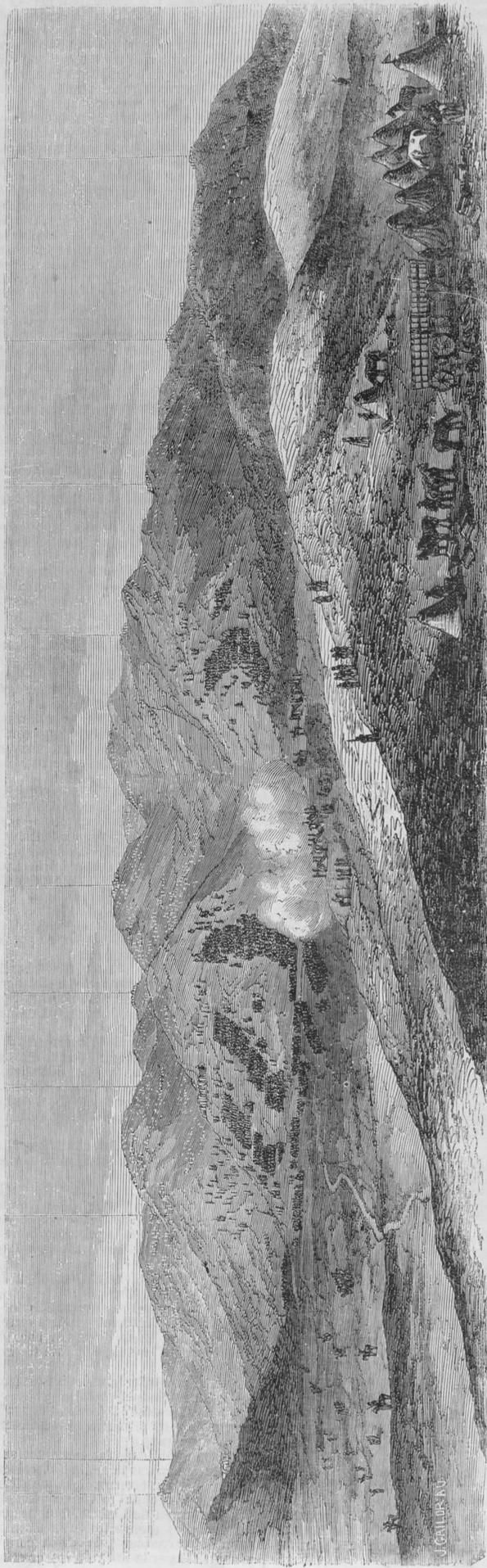
Afensu.

Takeratich.

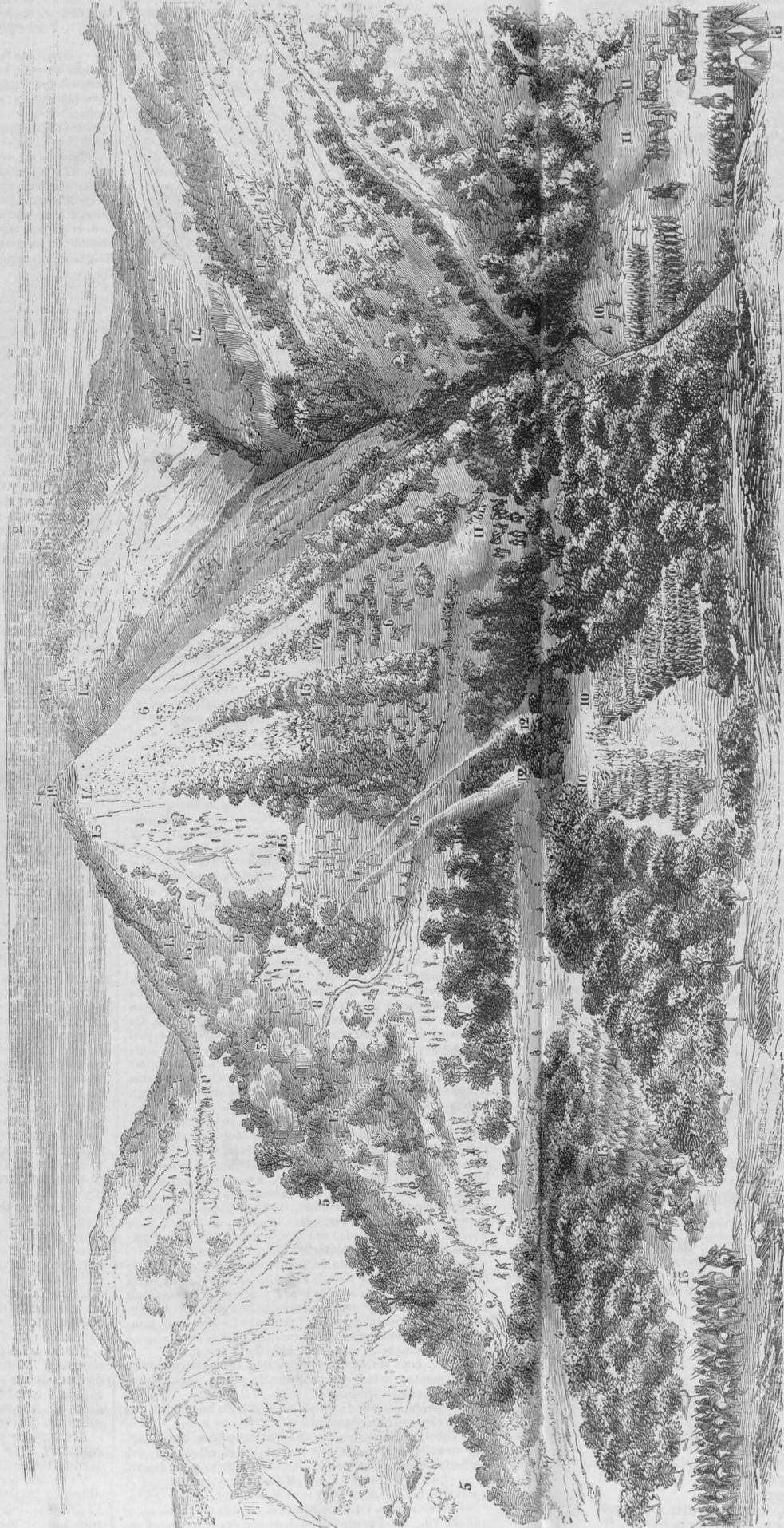
Tagnunt-el-Gatfel.

Ibahlet.

Tat.



Ascesion en la mañana del 14 de mayo de la cadena de montañas de los Beni-Raten por las tres divisiones Penaut, Mac-Mahon y Yusuf.



ATAQUE DE LA POSICION DE BELLAS Y DE AFENSU POR LA DIVISION MAC-MAHON EN LA ACCION DEL 24 DE MAYO.

1, aldea de Bellas; 2, aldea de Afensu; 3, aldea de Tacherich; 4, grandes bosques de higueras abajo de la posición; 5, barranca de Ued-el-Kallal; 6, 2º regimiento de znavos; 7, 5º de línea; 8, 2º regimiento extranjero; 9, 11º batallón de cazadores de infantería; 10, 93º de línea; 3º regimiento de znavos; tiradores indígenas de Constantina; 11 y 11 bis, artilleros de los obuses de montaña; 12, sección de coheteros; 13, regimiento de cazadores de África y 1º de spahis; 14, contingentes kabilas defendiendo sus posiciones; 15, fortificaciones kabilas; 16, el general Mac-Mahon y su estado mayor; 17, el general Burbaki; 18, hospitalillo; 19, bandera del 2º regimiento de znavos.



Los batallones 1º y 2º del 1º de znavos (brigada Gastu, division Yusuf) tomando la posición de Ighil-Guefri, defendida por los kabilas fortificados con barricasadas.



Conferencia del jefe de los negocios árabes con los jefes kabilas para la sumision de los Beni-Raten.

Journal

que su movimiento ofensivo y sube en buen orden las cuevas abruptas que conducen á Tiguert-Hala, puesto dominante de las crestas de los Jidjer.

La columna de la izquierda, para elevarse á la aldea de Taramint, tenia que subir cuevas escarpadas y llenas de monte; las sube resueltamente y se apodera de la aldea al cabo de algunos minutos de viva resistencia. Luego continúa hacia Tiguert-Hala por cuevas cuyo escarpe, unido al fuego del enemigo, hacen muy difícil su marcha.

Los aproches de la aldea de Tiguert-Hala habian sido fortificados. Los kabilas la defienden con energía; pero esta resistencia no detiene el arrojado de nuestros soldados. La columna de Liniers toma la posición, donde en breve se la reunen las tropas á las órdenes del coronel Rose.

De Tiguert-Hala la columna de la izquierda va sobre las aldeas de Tamerzint y de Ait-Said ó Leggun, de donde desaloja prontamente al enemigo.

La conservación de la aldea de Tiguert-Hala nos costó grandes esfuerzos y pérdidas sensibles; los kabilas dieron varias cargas ofensivas, siempre vigorosamente rechazadas por un batallón de cazadores indígenas (comandante Gibu) y una compañía del 8º batallón de cazadores á las órdenes del teniente coronel de Montfort, del 1º de tiradores indígenas.

La columna del centro, que apoyaba el movimiento de las otras dos, concurrió á los brillantes resultados de esta jornada.

El general Renault detuvo sus tropas en la aldea de Uaitel, en torno de la cual la primera división se estableció en el bivaque. Eran las diez de la mañana.

Los kabilas continuaron el fuego todo el día contra las tropas que ocupaban las posiciones que habian evacuado, y particularmente contra los 41º y 9º de línea y un batallón de tiradores indígenas, que rechazaron muchas veces al enemigo á la bayoneta.

La resistencia presentada por la poderosa y populosa fracción de los Jidjer fué tanto mas enérgica cuanto que su retirada estaba asegurada en el valle del Ued-Aissi y el territorio intrincado de Mestiza.

Las pérdidas de la primera división fueron en esta jornada de 33 hombres y 159 heridos, de ellos tres oficiales, M. Rousset, teniente del 1º regimiento de tiradores argelinos; M. Renaud, teniente del 41º de línea, y M. Cuvret, subteniente del 9º de línea.

Hasta aquí el parte del mariscal Randon, el bizarro militar que ha podido plantar la bandera de la Francia en medio de la tribu mas poderosa de la Kabilia y establecerse fuertemente. El resultado de tales esfuerzos ha sido que las tribus insumisas se han rendido una detrás de otra, y la tribu de los Beni-Raten, centro de la insurrección, ha pedido gracia ante la imposibilidad de luchar con los franceses, y acaso quizá en la esperanza de aprovecharse de las ventajas que la civilización procura á los árabes sometidos.

DALILA

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

POR

OCTAVIO FEUILLET

Representado por primera vez en el teatro del Vaudeville en París el 29 de mayo 1857.

PERSONAJES.

ANDRÉS ROSWEIN, compositor y poeta.
El caballero CARNIOLI, rico melomano.
SERTORIO, profesor de contrapunto.
El príncipe KALISCH.
El marqués de SORA.
LEONORA, princesa FALCONIERI.
MARTA, hija de SERTORIO.
MARIA, doncella de LEONORA.
JULIA, marquesa NARNI.
Lady WILSON.
GERTRUDIS.
Criados.

La acción pasa en Nápoles en la época moderna.

ACTO PRIMERO.

La casa de Sertorio. Una sala adornada con sencillez. Un violoncelo y algunos jarros de flores puestos á los lados; en el fondo un balcón por el que se descubre el mar alumbrado por el sol en el ocaso. Gertrudis, criada anciana, acaba de quitar la mesa y sale.

ESCENA PRIMERA.

SERTORIO sentado en una butaca cerca del balcón á la izquierda; MARTA haciendo labor á su lado sentada en un banquillo.

SERTORIO.

No dices nada, hija mia.

MARTA.

No, temo distraeros en vuestra plácida serenidad... el niño que duerme en la cuna no parece mas sosegado y mas feliz que vos en este instante, padre mio... ¡qué noche tan hermosa, qué cuadro tan encantador!

SERTORIO.

Es verdad, amada mia. Bien hice en comprar esta casa modesta sobre las ruinas del palacio de Lúculo. Aquí el pagano sensual consagró su templo á la Fortuna, y yo tambien en el fondo de mi corazón hago lo mismo. ¿Cómo quieres que no sea dichoso?... tengo sesenta años y la salud de un atleta... estás conmigo, hija mia, y ante mis ojos veo los lugares mas hermosos del mundo: Nápoles y su golfo radiante, Mesina, Sorrento, el Vesuvio... Estos nombres y estos recuerdos alumbrados por los últimos resplandores del día, cautivan mis ojos y mi mente... ¿Cómo no he de dar gracias con toda humildad al Dios bondadoso á quien debo esta vejez tranquila? (*Se levanta y alza la vista al cielo.*)

MARTA, levantándose.

Y además sois un grande artista, padre mio, tambien por eso debéis gracias á Dios.

SERTORIO.

Marta, te suplico que nunca añadas á mi nombre ese título vulgar de artista... va sabes que le odio y le desprecio... Sin embargo, no lo negaré, habria podido ser un grande artista... poseia algunas facultades... el dios de la armonía fué propicio á mi nacimiento... pero ya sabes que mi maldita timidez lo echaba á perder todo delante del público... Por eso el viejo Sertorio no es mas que un pobre profesor de contrapunto, oscuro y desdénado... (*Se sienta.*)

MARTA.

¡Desdénado!... No, padre mio; veinte veces he oido decir al caballero Carnioli que os tiene por el primer instrumentista en el violoncelo y por el primer compositor de nuestra época.

SERTORIO.

¿Eso dice Carnioli?... Carnioli es un calavera, un loco... y luego un hombre de malas costumbres... Sin embargo, entiendo de música, eso sí, no se puede negar, es un aficionado inteligente. Pero yo el primero en el violoncelo!... vamos, se conoce que no ha oido á Batta... Además á mí me ha oido muy poco por entre los árboles y en el curso de mis lecciones... ¡qué diantre! me alegraría saber su opinión sobre mi canto del Calvario!

MARTA.

¡Se quedaria asombrado!... ¿Pero cuándo podré yo oír ese famoso canto del Calvario?

SERTORIO.

La noche del día de tus bodas, querida Marta; así te lo he prometido... ¡Ah! ¡Qué momento hemos de pasar!... Mucho me engaño si no lloras á lágrima viva.

MARTA, dando algunos pasos con cierto aire de tristeza.

¿Y no le oiré si no me caso?

SERTORIO, levantándose.

¿Si no te casas? ¿Qué dices, hija mia? ¿Porqué no te has de casar? ¿te falta algo? Primero eres bonita...

MARTA.

¡Oh! ¡padre mio!

SERTORIO.

Sí, eres bonita, aunque tienes un airecillo bastante serio para una joven... En cuanto á cualidades morales, llevarás al hogar doméstico los tesoros de todas las virtudes... Ahora, si á todo esto añadimos mis trescientos escudos de renta, el producto anual de mis lecciones, y por fin esta casa que abandonaré al matrimonio...

MARTA.

¡Padre mio!

SERTORIO.

Suplicándote que me reserves un rincón, eso por supuesto, hija mia... ¿qué haria yo sin tí?... No disfrutaria de nada en el mundo... tú eres el sol que todo lo alumbramos... eres la vida de mi vida (*la besa*). Vamos, vamos, dime de buena fe, ¿qué te falta para casarte?

MARTA.

¡Padre mio, me queréis tanto que os mostrareis demasiado escrupuloso... demasiado ambicioso para mí!

SERTORIO.

¡Ambicioso! ¡justo cielo! Tengo, hija mia, tal confianza, que aprobaré tu gusto en la elección de marido.

MARTA, con intencion.

¿De veras, me dejais la elección?

SERTORIO.

Seguramente... El primer joven que te agrade... ese será mi hijo.

MARTA, con intencion.

¿El primer joven que me agrade?

SERTORIO.

Sí, hija mia, el primero que sea de tu gusto... (*con fuerza*) por supuesto con tal de que no pertenezca á la raza detestable de los artistas... pues ante todo quiero que seas dichosa... y desafío yo á la mas pintada á que sea feliz con uno de esos señores... ¡Oh! bien los conozco... Pero fuera del gremio de los artistas tienes libertad para escoger... Y ya que hablamos del asunto, hija mia, confiesa la verdad, ¿no tienes nada que declararme?... Escucharia con mucho placer tus confidencias.

MARTA.

No tengo nada que decir, padre mio.

SERTORIO.

¡Ah!

MARTA, separándose á la derecha.

No hablemos mas sobre esto.

SERTORIO, aparte.

¡Qué diantre! ¡Es tan niña aun!

MARTA, con un periódico en la mano.

Padre mio, ¿no habeis extrañado que no haya venido á vernos Andrés Roswein hace quince días?

SERTORIO.

No por cierto... ¿Has olvidado que anda á vueltas con su ópera?... Ahora debe estar en la batahola de los ensayos... Poeta y compositor á la vez, tiene para devanarse los sesos.

MARTA.

No habeis leído este periódico, padre mio... habeis de saber que la ópera de Roswein está anunciada para esta noche.

SERTORIO.

¡Para esta noche! Es imposible, hija mia.

MARTA.

En todo el día me ha salido la idea de la cabeza... Me parece tan singular que no os haya mandado un billete, cuando sois su maestro... Mirad... (*Le entrega el periódico.*)

SERTORIO, con agitacion.

(*Lee.*) «Hoy 15 de abril.» ¡Efectivamente es esta noche!... «Primera representación de la *Toma de Granada*, ópera en tres actos, cuyo libreto y música se atribuyen al joven maestro dalmata Andrés Roswein.» ¡Sí!... «La presencia de la corte aumentará el brillo de esta solemnidad...» ¡Ah! Irá la corte... ¿ves? ¿qué necesita de nosotros?... «Todo el mundo sabe que el maestro, ya conocido en Nápoles por muchas composiciones de mérito, es el discípulo favorito del docto Sertorio.» ¡Ah! sí, el docto Sertorio... buen aliciente para un anuncio... ¡Mi discípulo favorito!... no hay duda... y agradecido, eso se cae de su peso. (*Arroja el periódico con enfado.*)

MARTA.

¡Padre mio!...

SERTORIO.

¡Perdóname, hija mia! Me has visto sufrir riendo muchas ingratitudes... pero esta me es tan sensible como si el golpe me viniera de la mano de un hijo, es la pura verdad!

MARTA.

¿Quién sabe si estará enfermo?

SERTORIO, alejándose.

¡Enfermo! sí... Reconozco el mal que devora su corazón... ¡Tan pronto!... Marta, creo que en realidad una especie de maldición pesa sobre ese nombre de artista... que hoy se otorgan tantos que no lo merecen. (*Acercándose.*) Mira Roswein: nadie mas que él lleva en el rostro la expresión de un alma elevada y leal... y apenas ha dado cuatro pasos en su fatal carrera, cuando ya la traición asoma en su frente... Desprecia á su viejo maestro... el padre de su inteligencia... En la primera página de su vida de artista inscribe una acción indigna, un rasgo de orgullo miserable... Pero tenia que hacer lo que hacen todos... (*Se sienta; Marta le toma las manos y le besa en la frente. Se oye una campana á lo lejos. Sertorio continúa despues de una pausa.*) ¿Qué hora es, hija mia?

MARTA, asomándose al balcón.

Se oye la oración en las monjas.

SERTORIO.

¡La oración! ¡Tan tarde ya!... ahora sí que no vendrá... nada podemos esperar de él... ni hoy ni nunca... ¡es un ingrato!... (*Roswein se presenta en la puerta de la derecha á las primeras campanadas, y se acerca lentamente.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, ROSWEIN.

ROSWEIN, dándole un abrazo.

¿Quién es un ingrato, quién?... ¡Dios mio! ¡qué hombre este!

SERTORIO.

¡Con tiento, con tiento, que me ahogas!... Me alegro mucho verte, amigo mio... tu visita me causa un gran placer... Pero ese periódico, ese diablo de periódico anuncia para esta noche...

ROSWEIN.

Y anuncia la verdad. (*Saluda á Marta.*)

SERTORIO.

En ese caso debes pensar, hijo mio, que debia esperar un mensaje de tu parte.

ROSWEIN.

Seguramente, mi querido maestro... Habria podido enviaros un palco está mañana... pero queria traerle yo mismo, queria abrazaros por última vez antes del combate... y en cuanto me he visto libre un momento he corrido á cumplir con mis deberes.

SERTORIO.

Bien, bien, hijo mio; hice mal en quejarme... Pero ¿de veras es esta noche?

ROSWEIN, riendo.

Muy de veras.

SERTORIO, restregándose las manos con alegría.

¡Diantre!... ¿Y te ries de una cosa tan seria?... Marta, figúrate que se está riendo... Estos jóvenes del día son capaces de soltar la carcajada á la boca del cañón... Sin embargo, con franqueza, Andrés... el corazón no late un poco fuerte... ¿dime, hijo mio?

ROSWEIN.

Me encuentro en un estado muy particular... oigo mis pasos como si anduviera bajo una bóveda sonora. He pasado las tres últimas noches corrigiendo mi sinfonía...

yo no obstante, el sueño huye de mí; me parece que ya no necesitare dormir en toda mi vida. Me siento ligero como un pájaro, y á fe mía debería echar á volar, pues tengo un miedo solemne.

SERTORIO.

¡Povero!... ¿Y estás satisfecho de la ejecución?... ¿El tenor, la prima dona, la orquesta, todo marcha bien?

ROSWEIN.

La orquesta es admirable... sin embargo, no la dirijo yo... el tenor es Chiari, ya le conocéis... en ciertas piezas está magnífico... verbigracia en el canto de Boabdil al fin del tercer acto... En cuanto á la prima dona tiene el talento de un inglés para la música... pero su voz de contralto no es mala y á fuerza de machacar creo que podrá salir adelante.

SERTORIO.

¿Oyes lo que dice, Marta?... Machaca á las cantatrices para que salgan adelante... ¿Y cómo te gobiernas, hijo mio? El poner á una prima dona en buen camino ha sido siempre obra de romanos... Yo, cuando en mi tiempo quise dedicarme al teatro, no pude nunca entenderme con esas criaturas... como que acabé por tenerlas miedo...

ROSWEIN.

Lo que me da mucho miedo á mí, querido maestro, es vuestra opinión... sí, la temo aun mas que la del público: ¿porqué no habeis querido venir á un ensayo?

SERTORIO.

Amigo mio, me empeñe en poder afirmar con frente erguida que no conocia ni una sola nota de tu ópera; así nadie tendrá derecho para mezclar mi nombre con el tuyo diciendo: Sertorio por aquí, Sertorio por allá, lo que habria destruido tu corona de gloria.

ROSWEIN.

¡Mi corona! Dios lo quiera... pues si me hundo esta noche, soy un hombre perdido. (*Mira á Marta.*)

SERTORIO.

Vamos, Andrés, ánimo; no hay que acobardarse, hijo mio; nadie muere de una caída... el ejemplo soy yo... ¡Ah! la mía sí que fué grande... nunca podrás tú caer con tanto estrépito... Ya recordarás... era mi primero y último concierto en Viena... La corte estaba allí... yo tambien tuve la corte... pero mi infemal timidez nerviosa hubo de paralizarme de tal modo, que no pude arrancar un sonido á mi instrumento... Allí me quedé petrificado... hecho una estatua... ¡qué silbidos!... ¡qué escándalo!... ¡Me sacaron de las tablas desmayado!

MARTA, levantándose.

¿Y le contais ese lance para darle valor?

SERTORIO.

Pues ya lo creo, para que el fuego no lo asuste. Vamos, vamos (*sacudiéndole*), coraggio... ¿Y á qué hora se principia?

ROSWEIN.

A las nueve... teneis hora y media aun... Pero ante todo, aquí está el palco... hay un asiento para Gertrudis.

SERTORIO.

¿Te has acordado de la pobre Gertrudis? ¿Oyes, Marta? Se ha acordado de la pobre Gertrudis... eso está muy bien, hijo mio... ¿Con que á las nueve has dicho?

ROSWEIN.

Sí, á las nueve en punto. He traído un coche del que podeis disponer... yo quisiera esperar aquí al caballero Carnioli que á ido á llevar un palco á una señora de la vecindad, la princesa... no sé cómo se llama.

SERTORIO.

Y dime, ¿qué tal se ha portado Carnioli en esta ocasión?

ROSWEIN, riendo.

¡Oh! divinamente... Ha pasado las tres últimas noches en mi cuarto copiando las partes y haciéndome café, llamándome unas veces su alma y su vida, y otras bribon y tunante segun el estilo florido y desigual que le caracteriza... ¡Ah! ¡qué protector tan terrible!... Pues á pesar de todo, no puedo olvidar que sin él estaria aun en mis montañas.

SERTORIO.

Eso es ciertísimo, mucho le debes... sacó el mármol de la cantera... y luego entiendo de música, gasta noblemente su riqueza... Es Mecenaz melomano, pero desgraciadamente sin buenas costumbres... ¿He soñado yo que tenia el nombramiento de embajador en España?

ROSWEIN.

No es un sueño... esta misma noche saldrá para su destino en cuanto se haya decidido mi suerte.

MARTA.

Pero, padre mio, ¿no vais á vestiros un poco?

SERTORIO.

¡Un poco!... no por cierto, Marta, un mucho; quiero desplegar un lujo oriental. ¿Mis chorreras de encaje se hallan en buen estado, hija mia?... Sí... pues mira, anda á vestirme, ponte muy galana, amor mio; yo en dos minutos estoy, y quiero hablar á Roswein en secreto. (*Marta sale por la izquierda.*)

ESCENA III.

SERTORIO, ROSWEIN.

SERTORIO, haciendo señal á Roswein de que se acerque.

Hijo mio, cuando un discípulo sale de mis manos me creo en el deber de darle algunos consejos supremos;

sin embargo, á nadie impongo estos consejos, y por eso te preguntaré si quieres oirme, si quieres reconocermelo respecto de ti la autoridad de un anciano y de un amigo.

ROSWEIN.

La autoridad de un padre, de un padre querido y respetado, maestro Sertorio.

SERTORIO.

Siéntate pues, hijo mio. (*Se sientan á la derecha.*) Andrés... Andrés Roswein, el cielo te ha prodigado sus dones con una munificencia que á menudo causó mi admiración... Te ha hecho músico y poeta, te ha dado la lira y el arpa... para que en tu frente juvenil ciñas dos coronas... reflexiona, hijo mio, que la ingratitud se mide por el beneficio... Solo una manera tienes de cumplir con Dios; te ha dado el genio, dale la virtud; te ha hecho grande, no dejes un punto de ser honrado.

ROSWEIN.

Sí, maestro.

SERTORIO.

No pierdas de vista la honradez. Y si no te basta el que tú conciencia te lo mande, has de saber que lo exige el interés de tu porvenir. En efecto, no creas, hijo mio, que encontrarás una inspiración noble y duradera en las emociones del desorden, en el ardor de los sentidos, en la excitación cruel de las pasiones... El delirio no es la fuerza... ¡Ah! conozco los peligros que te esperan... sé que hay tentaciones terribles asestadas contra la imaginación, contra la vida febril del artista... sé que en sus venas se introducen el fuego y la llama... pero si no tienes valor para rechazar esos extravíos vulgares, ahora te lo anuncio, perdido estás... no acabarás tu carrera... Acuérdate que los antiguos en sus alegorías sentenciosas daban el mismo nombre á la virtud y á la fuerza... que dieron la castidad á las musas, y á las vestales confiaron la guarda del fuego sagrado... ¡Eso lo dice todo! (*Se levanta.*) En tus horas de flaqueza, hijo mio, evoca en tu socorro las sombras de los valerosos y de los fuertes, evoca los ilustres benedictinos de nuestro arte, los únicos acaso que han alcanzado el ideal en sus obras maestras, Palestrina, Mozart, Beethoven... Y ten presente que su genio como artistas y sus virtudes como hombres fueron iguales. (*Principia la noche.*)

ROSWEIN, levantándose.

Lo sé muy bien, maestro.

SERTORIO, con una emoción grave y contenida.

Y si puedo nombrarme yo despues de esos colosos, piensa tambien á veces, amigo mio, en tu viejo maestro, vuelve á veces tus ojos hácia mi oscuridad del seno de la gloria que te espera sin duda... Vamos á separarnos, amigo mio; vamos á romper el hilo de nuestros estudios comunes, de nuestro entusiasmo por las obras grandes... mi corazón se parte, no te lo disimulo... Jamás he sembrado en tierra mas fértil; jamás una cosecha tan fecunda vino á recompensar las tareas del humilde Labrador... Gracias, mil gracias, Andrés, por las alegrías que me has dado... Dios te las pague todas... y ahora, ahora... adios, ¡hijo mio!... adios, mi querido discípulo... ¡dame un abrazo!

ROSWEIN, arrojándose en sus brazos.

¡Padre mio! (*Llora.*)

SERTORIO.

Sí, eres bueno, lo sé... pero eres débil tambien, cuidado con eso. (*Entra Gertrudis con una lámpara encendida delante de Marta.*)

ESCENA IV.

Los MISMOS, MARTA, prendido de teatro.

MARTA.

¿Todavía estais aquí, cuando han dado las ocho, padre mio?

SERTORIO.

No me riñas, querida Marta; con unos minutos tengo lo suficiente... pero deja que te vea antes. (*Toma la lámpara de manos de Gertrudis y quita la pantalla.*) ¡Oh! ¡oh! ¡diantre!... ¡Eh! signor maestro, el de la ópera, una miradita por aquí.

MARTA, poniendo la pantalla.

No os habeis afeitado, padre mio...

SERTORIO.

Sí, pero no es motivo para humillar á este caballero, querida mia. (*Devuelve la lámpara á Gertrudis que la pone sobre la mesa de la izquierda y sale.*)

MARTA.

¡Oh! ¡padre mio!...

SERTORIO.

Ea, como asistirá la corte... tengo que afeitarme. (*sale.*)

ESCENA V.

MARTA se va á sentar en el balcon mirando á fuera; ROSWEIN, despues de haberla mirado con dolor se pasea por el cuarto.

ROSWEIN, se pone un guante; aparte.

¡Nada!... Ni una mirada siquiera... vamos (*alto, con enojo*) vamos.

MARTA.

¿Qué es eso?

ROSWEIN.

No es nada... el boton de este guante...

MARTA.

¿Se ha caído?... tiene remedio... (*Se levanta á tomar una aguja.*) Acercaos á la luz.

ROSWEIN.

¡Oh! no, mil gracias.

MARTA.

¿Cómo que no? Un guante sin boton es horrible.

ROSWEIN.

Es verdad, pero... (*Se acerca.*)

MARTA.

Esta noche nada debe faltarnos (*le toma la mano*). ¡Ah! Si temblais, pico... ¿creo que los nervios están malos, eh?

ROSWEIN.

Sí, me hallo un poco agitado... ¡Qué precioso adorno llevais en la cabeza, Marta!... Pareceis una princesa joven de vuestras leyendas septentrionales.

MARTA, con frialdad.

La lisonja es poética... está puesto el boton.

ROSWEIN.

Mil gracias (*mirandola*). ¡Ah! vos y vuestro padre, no hay nada mejor en el mundo.

MARTA.

Sí, soy lo mejor que hay en el mundo para pegar el boton á un guante.

ROSWEIN, se encoge un poco de hombros y luego da algunos pasos hácia el fondo.

¿No tocaban las monjas á la oración cuando yo subia á esta casa?

MARTA.

Sí.

ROSWEIN.

Todas las campanas de las aldeas se parecen... Esos sonidos me hablaban al corazón... me hablaban de mi infancia... de mi país casi salvaje... Apenas han pasado quince años, ¡y qué cambios ya en mi vida y en mis ideas!...

MARTA.

¿Qué haciais á estas horas hace quince años?

ROSWEIN, principiando con cierta ironía.

A esta hora reunia mis cabras á la orilla del monte... y tomaba el camino del valle... Allí en el umbral de la granja me esperaba todas las tardes mi primer bienhechor... el anciano cura párroco de la aldea... un artista humilde y piadoso... (*Se levanta y se acerca.*) Me esperaba para hablarme de todo cuanto él amaba, de la virtud y de lo bello, del arte y de Dios. Y despues pasaba santamente de esas veladas apacibles al sueño mas dulce, como un niño pasa de un sueño á otro... ¡Cuán dichoso era!...

MARTA.

Dejando aparte la poesía, decidme, Roswein, ¿os bastaria hoy esa felicidad?

ROSWEIN, con ardor.

Sí, Marta, si os lo juro... me bastaria sí, con mi oscuridad y mi miseria podria recobrar el sosiego... la paz divina de mis primeros años.

MARTA, levantándose con gravedad.

La paz está en el corazón.

ROSWEIN.

No en el mio... ni en mi corazón, ni en mi espíritu nunca.

MARTA.

No os comprendo.

ROSWEIN.

¡Ah! vuestro padre me comprenderia. Hace un instante me lo decia aquí, y cada una de sus palabras me hacia temblar, como si hubiera puesto el dedo en una llaga abierta... ¡Oh! bien me ha mostrado los abismos de esa vida de artista tan hermosa para el que solo considera su exterior brillante; esos abismos en que reinan la pasión desordenada, el pensamiento libre fuera del mundo verdadero, en que se respira una embriaguez fatal á la que no resiste el mejor de los hombres.

MARTA.

Pero vos resistireis, os conozco.

ROSWEIN.

Me conocéis, Marta, es verdad; mi vida hace tres años ha sido como hermana de la vuestra... ¿Creeis que he nacido para la virtud, no es cierto?

MARTA.

Como nadie.

(*Se continuará.*)

Recuerdos de la guerra de Crimea.

TIPOS Y FISIONOMIAS. — LAS TRINCHERAS.

Habia que sostener un fuego continuo contra los tiradores rusos, y este tiroteo permanente dió lugar á muchos episodios.

Un soldado ruso, en el intervalo de una interrupción parlamentaria, habia enseñado una botella á nuestros hombres, dándole varias vueltas para que llegasen á comprender que estaba vacía. — Inmediatamente le contestaron enseñándole otra, y para demostrarle que estaba llena echaron un trago del contenido. Una vez recogida la bandera parlamentaria, el soldado ruso plantó su botella sobre lo alto del parapeto de su emboscada; nuestros tiradores hicieron otro tanto con la suya,

pero por la noche la botella rusa estaba hecha pedazos, y la nuestra se mantenía intacta; al otro día había veinte botellas alineadas en ambos campos; era un tiro al blanco en toda regla; inútil será añadir que cuando una bala salía de una emboscada dirigida á una botella, otras tres ó cuatro salían en otra dirección.

En otra ocasión un soldado de la legión extranjera tuvo la idea de plantar sobre el parapeto un pequeño molino de madera, juguete muy á la moda en aquel tiempo; los rusos hicieron otro tanto, y durante dos ó tres días tiraron al molino de viento como habían tirado á las botellas; luego vinieron los kepis: algunos buenos tiradores se colocaban en las troneras con el arma al brazo y dispuestos á hacer fuego; entonces enarbolaban un kepi en la punta de una bayoneta y le paseaban á



El tiro á la botella.

la altura de la cresta del parapeto. En breve era saludado por algunas balas rusas, á las cuales nuestros tiradores emboscados respondían disparando contra las troneras de donde habían hecho fuego.

Cuando la toma de las emboscadas del cementerio, un soldado llamado Smith se había hecho unos anteojos enormes con la suela de un zapato.

— Quitate eso, le dijo su oficial.

— Mi teniente, soy corto de vista, y necesito mis anteojos para ver si los cañones rusos están cargados.

El infeliz en el momento en que su compañía daba contra una obra enemiga que la noche había impedido distinguir, recibía en medio del pecho la carga de la pieza de artillería á cuya boca se había agarrado para levantarse hasta la tronera.

Voy á contar un lance que pasó en la izquierda



El tiro al molino de viento.



El tiro al kepi.

del sitio. — Una noche á eso de las doce, una columna de voluntarios rusos dirigida por oficiales determinados, llegó hasta las trincheras del cementerio. Un joven alto y vestido de gala contra la costumbre de los oficiales rusos que siempre estaban encapotados, salta intrépidamente á la trinchera seguido de sus compañeros. Después de algunos tiros y sablazos, se ve acosoado contra el parapeto por un cazador que reconociendo, á pesar de la oscuridad, el grado de su enemigo, le apuntaba gritándole que se rindiese; por toda respuesta el cazador recibe un pistoletazo en la frente, pero al caer, ora por un esfuerzo de voluntad, ora por un resto de contracción muscular, el dedo del soldado aprieta el gatillo, y el desgraciado oficial ruso recibe la carga en medio de su cartuchera que se enciende y estalla destrozándole el pecho.

Al otro día un parla-



El soldado de los anteojos,

mentario se presentó á reclamar el cadáver. Insistieron por saber cómo se llamaba aquel joven valeroso, y supieron que era hijo de un general ruso, ayudante del emperador, y que había llegado la víspera á Sebastopol; le colocaron en una litera para devolver á los rusos sus despojos. — Ahora bien, tenemos que decir que los soldados envidiaban el magnífico par de botas á la Souvaroff de aquel cadáver mutilado, y este deseo manifestado por unanimidad fué la oración fúnebre.

Otra escena de un carácter mas feroz debemos bosquejar aquí. — Un destacamento ruso había llegado valerosamente hasta nuestras trincheras; obligado á tocar retirada fué perseguido por los hombres que estaban de guardia, dejando varios muertos y heridos sobre el terreno: al atravesar por allí un oficial superior distingue un ruso, que aunque se hallaba herido grave-



La oracion fúnebre.

mente, se arrastraba como podía hacia un soldado francés herido también, y cuya arma estaba en el suelo; cada movimiento que hacía el soldado ruso le costaba un grito de dolor que comprimía un hurra sordo; no obstante, con su bayoneta en la mano se acercaba insensiblemente al francés, que si bien daba aun señales de vida, parecía hallarse en la imposibilidad de defenderse.

Nuestro comandante, espectador hasta entonces, se disponía a intervenir cuando vió al granadero agitarse convulsivamente, alcanzar su fusil, y responder á los hurras repetidos de su enemigo con un disparo que le dejó ya libre de sus ataques. Este soldado se restableció perfectamente, y se halla hoy entre los ligeros de la guardia.

En el ataque en que murió el soldado Smith, un oficial de su regimiento cae con varios hom-



La pelea á pedradas.

bres en el mismo foso de la fortificación rusa. Después de haber andado algunos pasos, cuando ya llegaba á la gola, se encuentra con un oficial enemigo de alta estatura, y un combate singular se empeña entre ambos: á un sablazo que corta el galon y la visera de su kepi, hiriéndole un poco en la frente, el oficial francés responde con una estocada que hiera á su enemigo bajo de la clavícula. El oficial ruso vacila y cae de rodillas, y en el mismo instante un soldado se arroja sobre él, pero el oficial francés le detiene. El ruso se levanta, y no comprendiendo sin duda la acción generosa de su enemigo quiere darle otro sablazo. Esta vez el soldado paró el ataque con un bayonetazo que le dejó tendido. La cartera y el reloj del oficial, que era mayor, fueron enviados al cuartel general.

DURAND BRAGER.



La pelea al arma blanca.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Paris huye de Paris. — Recetas de baños de mar y de fuentes termales. — Las telas á la moda. — Descripción de varios trajes para baños de mar. — Cuatro palabras sobre los ahuecadores del día. — El albornoz para los baños. — Primer albornoz de muselina puesto á la moda por la emperatriz Eugenia. — Prendidos de baile de verano. — Descripción del figurin representando cuatro trajes de baile.

Paris huye de Paris con direccion á Dieppe, Trouville, Biarritz y Spa, la elegancia se aleja del mundo, del ruido, de los placeres y del movimiento, para encontrarse á muchas leguas de Paris con las mismas fiestas, los mismos bailes, las mismas vanidades y la misma gente. Y esto se sabe muy bien antes; se sabe que á los baños se va para vestirse y cansarse, y llevar una vida tan agitada como la del invierno. Pero es la moda y es preciso seguirla. Desde hace un mes la facultad de medicina está ocupada en firmar recetas de baños y de aguas termales. Las mismas jóvenes que bailaban con tanto afán hace pocos días, se ponen de repente pálidas y enfermizas, necesitan el aire puro de las montañas, y para reparar las fatigas de tanta fiesta encargan doce prendidos de baile; el baile enerva en Paris, pero á la orilla del mar es muy distinto. El baile pone á la mujer fresca y hermosa.

La moda se ocupa pues, de prendidos de baile de verano, de campo, de baños de mar. Las telas grisallas triunfan sobre todos los caprichos del día para vestidos de paseo, de viaje, de campo y de baños de mar. La grisalla es una tela muy suave, muy sólida y muy distinguida, sobre todo es variada á lo infinito: Las hay de cuadros mas ó menos grandes, de rayas mas ó menos gruesas ó bien de fondo jaspeado y estampado. Los volantes tienen cintas de color que se destacan sobre la disposicion del fondo, y algunas tienen orlas de tablero de damas blanco y negro. Es muy sencillo y de buen gusto. Las grisallas lisas sin cintas de color se adornan á los lados con trenzados de terciopelo. El corpiño lleva en el pecho igual adorno, que adelgaza el talle y ensancha los hombros.

Hé aquí otro adorno modesto que recomiendo á las mujeres económicas. Sobre los lados se deja pasar dos centímetros un paño de la tela sobre el otro; este paño lleva un ribete de terciopelo negro con una hilera de botones de terciopelo negro. Parece que el vestido está abotonado. El corpiño tiene largas faldetas ribeteadas tambien de terciopelo con botones y bordes de terciopelo á los lados; por delante dos hileras de botones de terciopelo negro con trencillas. Las mangas presentan un gran jockey abotonado al lado y un inmenso volante de embudo ribeteado de terciopelo negro. Indico estos modelos tan sencillos porque la moda debe dirigirse á todas las clases de la sociedad.

No se necesita mucha riqueza para ostentar gusto en el vestir. No es el vestido el que hace la mujer, sino la mujer la que hace el vestido. Con un simple vestido de lana ó de jaconas, una señora es siempre una señora, y una mujer ordinaria parece mas vulgar aun cuando se cubra de encajes.

Hé aquí algunos modelos de campo:

— Un vestido de barés inglés, gris jaspeado blanco con doble falda, la primera adornada con dos cintas malva separadas, y la segunda con tres gruesos lazos de puntas flotantes. Los lazos están cosidos como adorno. El corpiño liso y sin faldetas lleva unos lacitos malva, así como las mangas que son muy anchas y de pliegues.

— Otro id. id. con una sola falda adornada por abajo con once pequeños volantes verde esmeralda, de cuatro centímetros de altura, ribeteados de terciopelo negro. Esta falda tiene seis paños, cosa exorbitante, pero la moda voluminosa así lo exige. El corpiño lleva cintas dispuestas como presillas, y un cinturón de cinta verde con orilla negra. Las mangas tienen dos pequeños afollados y un gran volante ilustrado con cinta verde.

— Otro de barés pompadour, fondo blanco con flores estampadas sembradas en ramilletes. Tiene dos faldas, la primera ribeteada con dos cintas verdes número 16, y la segunda con una cola. Corpiño fruncido y escotado á la virginal con hombros cuadrados. Cinturón de cinta, esclavina Diana de Poitiers formando una V con hombros cuadrados. Esta pequeña esclavina de barés lleva un sesgo de tafetan; no aumenta el cuerpo, y va subida como un canesu.

— Otro de tafetan de cuadros blancos y negros con anchos subidos á los lados de tafetan azul celeste que continúan en tirantes sobre el corpiño. Mangas fruncidas en fichu orladas con un sesgo de tafetan blanco.

— Otro de cutí con gran frac de campo adornado con borlitas y galones.

— Otro de crinolina gris hierro con listas blancas y azules de doble falda. La primera va ilustrada por abajo con ocho cintas de terciopelo, y la segunda lleva siete cintas de terciopelo negro y ocho sobre los lados. Corpiño liso con cinturón de terciopelo negro; mangas lisas hasta el codo cubiertas con un volante fruncido muy ancho ribeteado de terciopelo negro.

— Otro de jaconas de doble falda. Corpiño fruncido con cinturón de cinta; mangas de volantes; esclavina redonda subida.

— Otro de organdi de fondo blanco con estrellas azules; dos faldas; la primera con un volante acanalado; corpiño con fichu Antonieta, mangas fruncidas.

— Otro de muselina blanca con un trasparente color de mahon y dos afollados de tarlatana por los cuales se pasa una cinta malva; corpiño y mangas de volante con iguales afollados.

— Otro de granadina de lana con volantes y disposiciones de cintas satinadas guarnecidas con un fleco Tom-Pouce; corpiño de faldetas; mangas jockey con volantes.

Si describo tan minuciosamente los vestidos de paseo, es

porque así me parece puede servir de algo la moda á las señoras extranjeras.

Los ahuecadores exagerados siguen haciendo furor; ya no se sabe qué imaginar para aumentarlos.

La moda se burla de los parisienses; despues de haberlas metido en jaulas de mimbre y de acero, ahora las pone entre redes de pescadores. No son otra cosa los ahuecadores nuevos. El tontillo de nuestras abuelas no era nada comparado con el ahuecador del día.

Antes de describir algunos vestidos de baile de verano, voy á decir dos palabras sobre las manteletas para baños de mar.

El albornoz es la prenda mas á la moda.

Pero se trata de un albornoz verdadero, un albornoz tan ancho y tan largo que cubre todo el traje de una señora. Ya se comprende bien que esta prenda debe ostentarse sobre una falda muy hueca, pues de otro modo parecería un sudario.

Preciso es pues, vestirse con ahuecadores de los mas grandes, y recomiendo particularmente los de la casa Gorbet de Lyon que sostienen el vestido sin presentar los ridículos inconvenientes de los otros.

El albornoz se hace de tafetan negro con anchas bandas de terciopelo; de popelina gris forrada de tafetan escocés y de paño de verano de cuadros ó jaspeado, con orla de felpilla escocesa. Todos los albornoces tienen un capuchon adornado con cinco gruesas borlas de china. Se llaman de entretiempos.

Para salir en coche es excesivamente aristocrático el albornoz de muselina blanca con un trasparente de color, y adornado al borde con un afollado y con volante de chalin.

S. M. la emperatriz Eugenia es la que primero ha evado el albornoz.

Ahora voy á describir algunos prendidos de baile de verano, puesto que se baila en los baños lo mismo que en los salones.

Estos vestidos se hacen de muselina con volantes bordados ó bien con fondo bordado y dos faldas; de gasa de Chambery, de tarlatana, de gasa y de tul. La tarlatana está muy á la moda entre las señoras bonitas desde que la emperatriz Eugenia lleva muchos vestidos de esta tela en Saint-Cloud.

Principiemos la enumeracion.

— Un vestido de tul con tres volantes dobles muy huecos retenidos con largos cordones de verdura con gruesos ramilletes de distancia en distancia. Corpiño de pliegues con igual adorno de verdura; mangas plegadas con un gran volante de tul y cordón de verdura.

Este mismo vestido blanco se adorna con florecillas silvestres de todos colores y de todas clases, lo que le da un aspecto original y nunca visto.

— Otro de tarlatana con cuatro volantes cortados y otros cuatro volantes de Inglaterra. Corpiño de punta con mantilla de punto de Inglaterra. Adornos de geranio purpuro.

— Otro de tul con dos faldas, la primera afollada enteramente con ramilletes pequeños de fresas en flor y frutas sembradas en el tul. La segunda falda presenta una túnica fruncida con cordones de fresas sobre los hombros.

— Otro de tul blanco con cinco faldas guarnecidas de fleco de yerba verde y campanillas; corpiño con bata de yerba y flores.

— Otro de gasa de Chantilly, blanco nacarado con dos faldas. La primera va orlada con tres cintas purpurinas con puntilla de encaje negro. La segunda no lleva mas que una cinta. Corpiño fruncido con cinturón de cinta. Mangas cortas compuestas de un afollado de un brazaletes de cinta purpurina, de un volante de blonda y de un gran volante de gasa orlado con una cinta.

— Otro de gasa lisa, estilo Luis XVI con un gran volante adornado con ocho cuchillos de gasa lisa. La segunda falda lleva tres adornos como esos, y se abre en forma de delantal sobre la primera falda. A cada lado lazos de collares de granitos verdes ensartados como perlas con un ramo de azaleas y grosellas. Abajo del corpiño igual adorno. Tocado de las mismas flores.

Para completar mi coleccion de prendidos de baile, termino por los cuatro que se ven representados en nuestro figurin:

El primero, de color de rosa, se compone de un vestido de tarlatana con cinco volantes adornados con un afollado de tarlatana. El quinto forma faldeta en torno del talle, corpiño escotado con berta de tarlatana y dos puntas redondeadas como un fichu Antonieta. Mangas abiertas á la china. Brazaletes huecos. Adorno de azaleas color de rosa. La berta está sostenida con un ramillete, y el tocado se halla dispuesto en cordón de flores en torno de la cabeza.

El segundo traje de color azul, es de tul con tres faldas. La primera tiene cinco afollados sembrados de ramilletes de florecillas silvestres. Las otras dos faldas se ahuecan sobre los afollados, retenidas por subidos de iguales florecillas. Corpiño de punta con bata afollada ilustrada con ramilletes de las mismas flores. Tocado de flores en largas cintas de España y yerba verde. Brazaletes de mallas de oro y ramillete de flores naturales.

El tercer vestido de color de maíz, es de gasa lisa y lleva cinco faldas orladas con dos afollados y un volante de blonda. Corpiño escotado con tres afollados dispuestos en berta. Ramillete de geranio, collar de raíces de coral; aderezo y brazaletes de coral; pouff de terciopelo purpuro de blonda y de flores puesto muy hácia atrás en la caída del cuello.

El cuarto traje blanco se compone de un vestido con cuatro volantes de tul blanco cubiertos con otros cuatro volantes de punto de Inglaterra. Los volantes de tul pasan el encaje. Corpiño escotado con pliegues de tul y dos volantes de encaje que terminan la berta. Aderezo de florecillas azules; ramillete en el corpiño y en los hombros; collar y brazaletes de perlas finas, flores en la cabeza.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCION PUBLICA DE DON CAYETANO ROSELL.

Discurso de don Cayetano Rosell.

Señores: Segunda vez soy objeto de vuestra benevolencia; llevo segunda vez á este recinto, donde un día de los mas venturosos de mi vida dejé para siempre empuñada mi gratitud. Cuatro años há que esta ilustre y docta corporacion puso un lauro sobre mis sienes; galardón de mi fortuna, no de mi merecimiento. Halagado por la suerte, confieso que concebí entonces mil plácidas ilusiones. Hoy, sin embargo, se realiza la única que no me atreví á abrigar.

Falto de nuevos méritos, sin género alguno de solicitud por parte mia, que con razon se hubiera calificado de temeraria, soy llamado á ocupar un asiento en esta Academia insigne, depositaria del saber con que una y otra generacion han enriquecido los preciosos archivos de nuestra historia. Para satisfaccion de mi amor propio, esta preferencia me bastaria: asociar mi nombre á los que tan ilustres han sabido hacerse en la república de las letras, y ostentar en mi pecho una distincion de tantos apetecida, honra es que, por lo inesperada, pudiera desvanecerme. Mas recordando que este título no es solo de lucimiento, que el esplendor de esta corporacion lleva consigo árdulos empeños y deberes, y que mis fuerzas son inferiores al peso que echo sobre mis hombros, cuanto por una parte se faumenta mi satisfaccion, crecen por otra mi recelo y desconfianza. — Siguiendo la práctica establecida, voy á dar el primer paso en una palestra recorrida por otros con tanta gloria. Vengo, señores, no á mostrar primicias anticipadas de un pobre ingenio, ni siquiera á hacer alarde de mi entusiasmo; vengo solo á depositar en vuestras manos la ofrenda de mi agradecimiento.

El punto de que voy á tratar es harto conocido para que me proponga ilustrarlo con nuevas investigaciones. Bajo el aspecto histórico, como hecho realmente célebre, y en que intervinieron personajes de altísima nombradía, nada hay que añadir á las relaciones que se conservan en todos nuestros anales; mas como acontecimiento aislado, íntimamente unido á otros muchos que constituyen una de las épocas mas grandiosas de nuestra patria, conviene examinarlo en particular, estableciendo sus verdaderas causas, sus fines y resultados, y apreciando el valor é importancia de una empresa, mas celebrada por lo que fué que por lo que, á no mediar obstáculos inevitables, hubiera realmente sido.

Hablo de la expedicion á Oran y del pensamiento de conquista de Africa, concebido por el sabio, animoso, íntegro, venerable y gran cardenal de España, Jimenez de Cisneros; suceso que aun en aquel siglo de prodigios con razon puede estimarse por singular y maravilloso. ¡Felices generaciones las que, á impulsos de magnánimos sentimientos, cifraron en Santa Fé el blason mas glorioso de su heroísmo, y llevaron el lábaro de la cruz á las playas de un mundo virgen! Tres siglos de abyeccion y decrepitud no han bastado á oscurecer la memoria de aquellos hechos. Viva se ha perpetuado en el amor de nuestros mayores; acrecentada por la admiracion, ha llegado hasta nosotros con la herencia de nuestros padres.

Considerados hoy como son en sí, claramente se descubre que todos aquellos triunfos y portentos eran hijos, no solo de una idea, sino de un afecto; no solo de un cálculo político, sino de un sentimiento profundo antiguo, tradicional que, como pasión verdadera, imperaba en todos los corazones.

Este sentimiento era la fe religiosa, extraña á la inteligencia, nacida de las aspiraciones del alma, benéfica y grande de suyo, por mas que, interpretada viciosamente, diese despues origen á errores y abusos vituperables; y de este fecundo principio, Castilla era á la sazón exclusivamente deudora á su soberana. La sociedad, cuerpo animado, que entonces gozaba todo el vigor de su robustez, obedecía á Fernando como á su cabeza, y á Isabel como al corazón, que armonizaba y regia todos sus movimientos. El uno era su inteligencia, el otro su voluntad; el uno representaba la política, el otro las propensiones y creencias del pueblo con quien se habia identificado. Así, los planes que Fernando discurria, los realizaba Isabel como por encanto. Fernando guiaba sus huestes á los combates; Isabel les inspiraba fortaleza y ardor para que venciesen. Con él se hubiera quizá prolongado la guerra contra los moros; sin ella hubiera resistido Granada mas tiempo á la porfía de los cristianos. El rey formaba políticos; la reina improvisaba héroes; y mientras él tendia su vista á Italia para avasallarla lentamente á fuerza de batallas y negociaciones, ella equipaba unas miserables carabelas, y de una vez conquistaba un mundo.

En la época á que me refiero, la incomparable señora habia ya recibido en el cielo el premio de sus virtudes. Muerta la luz que alumbraba á España, de nuevo aparecian en su horizonte sombras y anuncios de tempestades. Por un lado las zozobras de Italia, amenazada siempre de extraños dominadores; por otro la sucesion de nuestra corona, puesta en manos de una princesa desahogada y un joven voluble y desvanecido. Nápoles, conquista del gran Gonzalo, acogia al Rey Católico, apartado del régimen de Castilla. A la liga de Cambray, formada contra venecianos por los mismos que necesitaban de su amistad y ayuda, iba á sustituir la Liga Santa, cimentada en el resentimiento de Venecia contra los franceses. En Italia, como en palenque universal, se ventilaban todos los derechos y usurpaciones. Allí

acudían, España á dominarla con su fortuna; Francia, á despedazarla con sus rencores; Maximiliano, á romperla con sus intrigas. En el pontífice Julio II, su protector natural, tenía un tirano; y de Venecia, egoísta y codiciosa, no podía esperar sino perfidias. En vano los cisnes de aquellas playas saludaban con himnos de triunfo al moderno Aníbal. Vencedora ó vencida, Italia labraba contra sí propia su mengua y su cautiverio.

Igual desdicha hubiera cabido también á España, á no velar por su suerte un consumado gobernador. Con la ausencia de Don Fernando, su injustificable amistad con Francia, y el menosprecio que hacia de la memoria de Doña Isabel, dando á su tálamo sucesora, andaban un tanto agriados los ánimos en Castilla, y poco satisfechos de su incorporación los aragoneses. Con el imperio desconcertado del Archiduque, en quien solo hallaban favor las sugestiones de la lisonja, tornaba á medrar el bando de los señores revoltosos y descontentos. Todos estos males atajó á tiempo la Providencia. Llévose en lo mejor de su edad al esposo de Doña Juana; la vuelta de Don Fernando restauró en breve el comun sosiego; y el Arzobispo Jimenez, no menos por su dignidad que por sus sábias resoluciones, supo granjearse el respeto aun de los mismos á quienes contrariaba; espejo en que deben mirarse los encargados de la justicia.

Restablecida así la tranquilidad doméstica, y las contiendas extrañas aplazadas, si no del todo sobreesididas, era preciso atender á otra necesidad muy encarecida de los políticos. La guerra son enfermedades graves, de que tardan en convalecer los pueblos; la gente que vive de ellas, acostumbrada á sus rebatos y desasosiego, no puede de pronto quedar ociosa; es sangre que, paralizada, se corrompe y vicia, y suele ser de mas daño que provecho para el Estado. La ambición de otros, que no la propia naturaleza, había hecho además á los españoles tenaces y belicosos; hasta el inofensivo labrador entendía del manejo de la lanza tanto como de la esteva; el noble no conocía mejor oficio que el de las armas; y gracias al patrocinio de Isabel y de Cisneros, y á las ventajas que lograban los estudiosos, resplandecía ya la luz de la imprenta, encendida en la de las aulas, alternando con el estruendo de las lides el apacible cultivo de las ciencias y de las artes.

Mas quien tenía á su cargo el régimen del gobierno, no podía, como solicitó repúblico, anteponer ninguna otra gloria á la de las armas; en ellas vinculaba sus triunfos la religion, la patria sus aumentos, y el valor español la fama con que volaba por todo el orbe. De las empresas lejanas podía ponerse en duda la justicia ó la conveniencia; de las que se referían á la independencia ó integridad de España, mengua hubiera sido, entonces como ahora, apartar los ojos un solo instante. Acababa de terminar la nación la lucha mas heroica que han presenciado jamás los siglos, y era natural que los que á tanta costa habían labrado la emancipación de su patria, vivo aun y reconcentrado en sus pechos el odio á los enemigos, aspirasen á nuevos triunfos, lanzándolos hasta de sus hogares y propios atrinchamientos; que el pueblo, cebado en la victoria, anhelara propagarla también en extraños límites; y que nuestros adalides contemplasen estrecho campo de sus proezas el ámbito que se dilataba de Cadiz al Pirineo.

Allegábanse otros móviles, propios también de la humana naturaleza. De la larga usurpación de los sarracenos solo quedaban los testimonios de su derrota; mas por lo mismo que eran de doloroso recuerdo para los vencidos, debían servir de continuo despertador á los vencedores. Una generación de proscritos gemía al otro lado del Estrecho, lejos de la que creían su patria. Contemplábanse allí seguros, y de su seguridad podían nacer para España nuevos riesgos, conflictos y turbaciones. El suspiro de Boabdil era un grito de guerra para sus vasallos; los que entre nosotros vivían con capa de industrioses é inofensivos tenían clavada su vista en Africa, como si de allí aguardasen socorro para romper el yugo que aborrecían.

Del Africa, pues, podían provenir, y de hecho provenían, todas las agresiones. Cruzando el Mediterráneo en sus correrías, sembraban terror y estrago por todas partes las fustas de los corsarios. La reputación, ya heroica, de Barbarroja le permitía consumir á mansalva todo género de excesos y crueldades; no había quien se aventurase al comercio, ni quien osara apartarse de sus playas, ni fuerza que defendiese las poblaciones; razon mas para encaminar nuestras armas por aquel lado.

Africa, cuya parte septentrional amenizan ricos bosques y fértiles llanuras, parece destinada por la naturaleza á formar parte de Europa, trocando con ella sus producciones. Cuantos Imperios se han dividido el mundo, pusieron en ella sus esperanzas y su codicia. Alejandro la amenaza desde Egipto, mas con su muerte se frustra y disuelve la falange de Macedonia. Cartago y Cirene prestan á Utica su grandeza; pero ni Lúculo ni Pompeyo, ni los Lugar-tenientes de Augusto y de Trajano logran sobreponerse á los rebatos de los Numidas. Los moros, naturales, como estos, de aquellas regiones se acomoda fácilmente al imperio de los extraños; con la misma docilidad que el cristianismo, reciben los mitos de los gentiles, y abrazan la creencia de los mahometanos; conceden sus hijas á los colonos de Roma; se sublevan con Bonifacio; pactan alianza con Gontarico, caudillo de bárbaros invasores; se reconcilian con Belisario, y quedan reducidos por fin á la servidumbre de los árabes, transformándose en romanos, en vándalos, en asiáticos, siempre viles, siempre solemnizando con su presencia el festín de los vencedores. Entre la Numidia feroz y las Mauritánias, pobladas de razas débiles

y cobardes, toda nacionalidad era imposible. De aquí nacieron los Estados independientes, de aquí los gobiernos berberiscos, afrenta de la política europea. Si al cabo era destino de Africa servir perpetuamente de teatro á tan borrascosas vicisitudes, mas bien que esclava de las dinastías musulmanas, le hubiera convenido ser tributaria de una nación de Europa, y sobre todo, de la que con ella partía límites, de España, elegida por la Providencia para presidir á la cultura del universo.

Todas estas reflexiones entraban sin duda en los cálculos de Cisneros, y se inflamaba su ánimo en deseos de acometer tan audaz empresa. Con ella satisfacía asimismo los del pueblo, cuyo perspicaz instinto era tan favorable á aquella determinación, mayormente desde que la rota de don Diego de Córdoba en Mazalquivir había añadido nuevo estímulo á su venganza. Francia en lo antiguo, Sicilia y Génova en mas de una ocasión, y los portugueses repetidas veces, ó por espíritu de ambición, ó movidos de sus agravios, habían llevado sus huestes á aquellas partes. De Aragon y Castilla habían partido ya tiempos atrás expediciones contra los berberiscos, y la ocupación de las armas españolas de Melilla, Mazalquivir y el Peñon de Velez, así como el auxilio con que en Arcilla acudimos á Portugal, mostraban las intenciones del Rey Católico en punto al Africa, constante objeto de sus solicitudes, bien que á lo mejor frustradas por las complicaciones que en Europa sobrevinían.

Por concesión de la Santa Sede teníamos en aquellos Estados el derecho exclusivo de su conquista, y sin mas consideración que ser esta de todos tan apetecida, podía reputarse el dominio de Africa como una alta aspiración política; fin con que se justifican muchas veces pretensiones menos legítimas y acertadas. De que la idea estaba hacia tiempo en la mente de todo el mundo, y aun la seguridad de que se realizase, tenemos una prueba evidente en la permuta que Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas, hizo de sus bienes por los molinos de Tremezen cuando se conquistasen; rasgo caballeresco, á que la posesión que tomó de los mismos su heredero, quita el carácter, que algunos pudieran darle, de maravilloso. Y en cuanto al concepto político de la empresa, tan en consonancia estaba con el sistema y espíritu del gobierno, que es una de las prescripciones contenidas en el testamento de Doña Isabel; como si por este medio hubiese querido mostrar la ilustre princesa que Africa había sido también para ella, como para Don Fernando, el norte de sus esperanzas, el término de su anhelo, y que debía serlo de sus sucesores, poniendo en tan alto punto la mira para llevar á dichoso término la gloria de la nación.

Cuando los turcos preparaban su agresión contra Europa, por una parte corriéndose hácia Hungría, y por otra, contando con enseñorearse de Italia, y los gobiernos de esta cerraban sus ojos á aquel peligro, ¿qué recurso mas político que encender la guerra en las costas de Berbería, cuyos jeques y emires eran auxiliares ó feudatarios de los sultanes? Pero Cisneros sabia encumbrar á otra esfera sus pensamientos. La política, á su modo de ver, no debía ceñirse á un fin único y limitado, sino derivarse de tal principio que fuese norma segura en todas las circunstancias, y diese cumplida satisfacción á todos los intereses. En dos polos, no opuestos, sino conjuntos, descansaba la máquina del Estado: la Religion y la Monarquía; ámbas se prestaban apoyo mútuo; en la desgracia y en la prosperidad habían gemido y triunfado juntas; y no era dable acometer empresa de importancia sin que sirviese la cruz de enseña á nuestros pendones. Lo que fué para Carlo Magno medio y objeto de su unidad política, debía ser para Cisneros propósito y móvil de su conquista. De escaso valor era á sus ojos la adquisición material de nuevos imperios y señoríos; mas contemplaba como un deber el propagar la fe y civilización cristianas por la que fué un tiempo patria de los Ciprianos y los Agustinos. Su nueva dignidad de príncipe de la Iglesia, sus virtudes apostólicas, sus predicaciones en Granada, su reforma en la disciplina de los claustros, su espíritu, su vida, y por último, el entusiasmo con que alguna vez acogió el piadoso delirio de las cruzadas, no podían inspirarle ni mayor ni distinto anhelo. En España predominaban aun los mismos sentimientos que habían alimentado su heroísmo de ocho siglos; los árabes guerreaban también en nombre de sus creencias; el cristianismo conservaba sus Ordenes militares; y si la política había de serlo, dando de sí sazonados y ópimos frutos, debía someter y enlazar los intereses materiales al esplendor y acrecentamiento de la religion.

Ya en vida de la reina se había ventilado el punto de una expedición á la costa de Berbería; y el animoso conde de Tendilla, cuyo carácter caballeresco le había hecho popular hasta entre los moriscos, se brindó á sufragar los gastos de la jornada. Mas ni este propósito, ni la ratificación que hizo de él la misma reina en su última voluntad, amenguan en modo alguno el del arzobispo, el cual lo realizó de manera que seria injusticia usurparle la gloria de la iniciativa.

La muerte de Doña Isabel y las turbulencias que sobrevinieron obligaron á alzar mano en aquel designio; pero no mucho despues, y como por via de preparación y ensayo, partió de Almería una pequeña escuadra con el alcalde de los Donceles, don Diego Fernandez de Córdoba, que para el mando de las fuerzas de mar llevaba consigo á don Ramon Cardona. Del coste de esta empresa parece que se encargó el Primado, pues las copiosas rentas de su diócesis y su buena administración le permitían anticipar por lo menos la suma que se ne-

cesitase. Logróse por completo el fin: en agosto de 1505 se hicieron á la vela; en setiembre se apoderaron, no sin trabajo y porfiada resistencia de los enemigos, de la ciudad y fortaleza de Mazalquivir, situada dentro del mar, en la playa de Berbería, y unida solo al continente por una lengua de tierra, punto importantísimo por ser el puerto mas capaz y abrigado de aquella costa, cercano á Oran, y excelente como base de las empresas que se intentaran en lo sucesivo. Dos años despues, sirviendo el mismo don Diego la tenencia de aquella plaza, en una correría que hizo con la guarnición, se vió acosado por la morisma en términos que, á mas de perder buen número de gente, hubo de meterse á toda prisa en su fortaleza; y esta derrota, segun queda apuntado, se recibió en España como un ultraje que pedia venganza ejemplar y pronta.

En la resolución estaban conformes todos los pareceres; únicamente disientían en la manera de realizarla. El rey era quien se mostraba mas remiso; y no porque le disgustase tentar la fortuna por aquel lado, pues á mas de realizar así sus proyectos, podía encubrir algun otro á la sombra de lo de Berbería, y aprovecharse quizá del descuido de sus rivales, sino porque, naturalmente receloso y desconfiado, temía que el cardenal, siendo el que solicitaba aquella empresa, se tomase sobrada mano en el negocio, y una vez hecho, se reservara para sí las mayores utilidades. Apurábale asimismo la falta de recursos; mas no podía oponer este reparo, dado que el arzobispo ofrecía los suyos, y no se mostraba exigente en cuanto al plazo ni á las demas condiciones del reembolso.

Atizaban, por su parte, esta prevención la gente de guerra y sus allegados. Ponderaban las dificultades del intento, los dispendios que ocasionaria, la autoridad con que debía llevarse á cabo, todo con el fin de apartar de él el ánimo del arzobispo.

(Se continuará.)

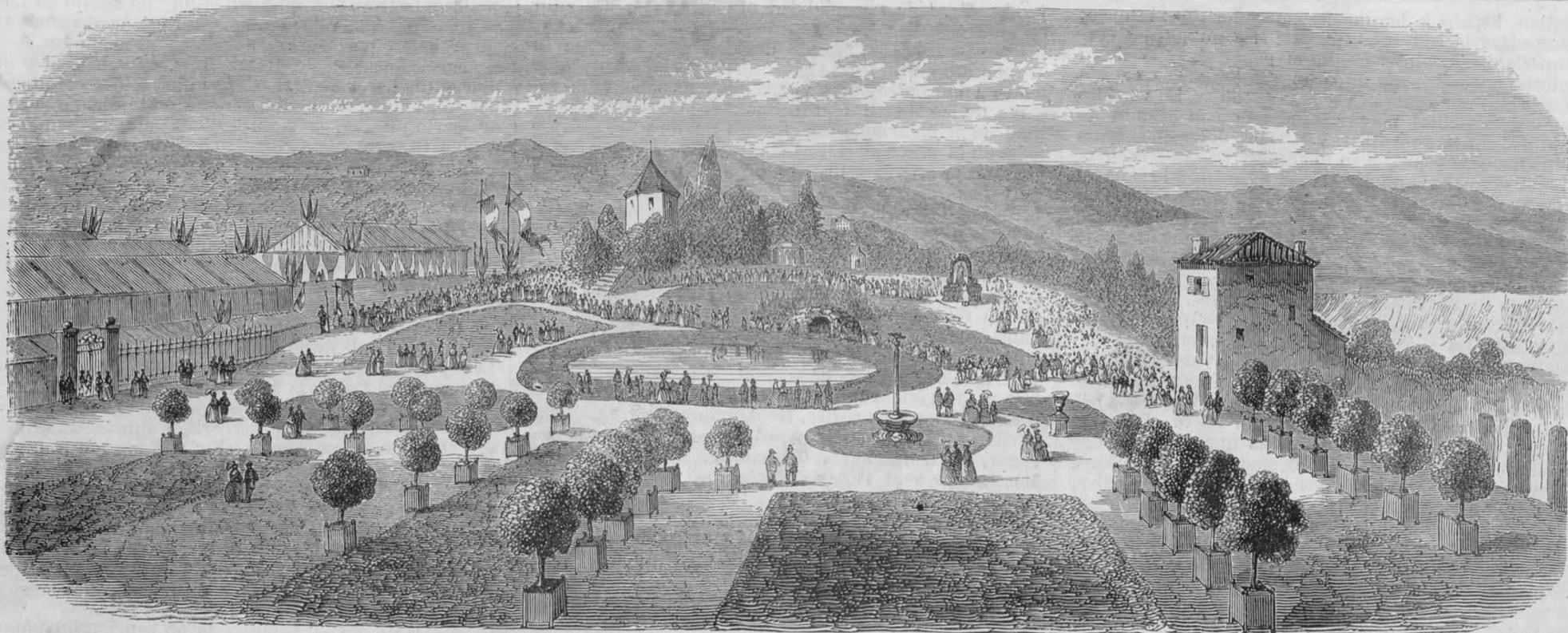
Concurso regional de Montbrison.

La antigua capital del departamento del Loira acaba de celebrar una gran exposición agrícola. Deseando corresponder á la iniciativa del gobierno, la administración departamental, la villa y la sociedad de agricultura rivalizaron en esfuerzos para dar á esa solemnidad toda la importancia que reclamaba. Una circunstancia feliz vino á aumentar su brillo, cual fué la apertura de un jardín público admirablemente surtido de ricas flores, árboles seculares y aguas vivas. Así una muchedumbre impaciente se acercaba cada día á la verja hasta entonces cerrada del Eden, repartiéndose entre dos espectáculos ofrecidos á un tiempo á su curiosidad; pues á la otra parte de la hermosa avenida que separa el jardín del campo reservado al concurso, se veían en una hermosa esplanada coronada por las verdes colinas del Oeste, elegantes pabellones adornados con trofeos de armas imperiales donde debía tener lugar la exposición.

El domingo 17 de mayo una ceremonia religiosa inauguraba dignamente las fiestas del concurso regional. Al concluirse el oficio divino, el clero de la villa, el alcalde y el consejo municipal, el inspector general de la agricultura y los miembros del jurado de la exposición que habían manifestado el deseo de tomar parte en esa fiesta de familia, escoltados por la compañía de zapadores-bomberos, y precedidos de la excelente banda de música del 57 de línea, fueron solemnemente al jardín Allard abierto por primera vez al público. Allí sobre un altar cubierto de hermosas flores se elevaba una modesta estatua de la patrona venerada de la villa, *Nuestra Señora de la Esperanza*, á cuyos piés entonaba coros la sociedad filarmónica, despues de oído el discurso pronunciado por el señor cura Crozet, canónigo de Lion. En seguida la muchedumbre se diseminó por los verdes céspedes y bajo las sombras abundantes de las alamedas. La reunión en aquel lugar encantado ofrecía un golpe de vista pintoresco.

Al otro día, el 18, se abrió el concurso con el examen de las muchas máquinas que una comisión especial había dispuesto en un terreno propio para que funcionaran y pudieran ser apreciadas exactamente. Muchos aparatos para segar y limpiar el grano; sembradoras y arados; ventiladores y aparatos diversos para la cría del gusano de seda; instrumentos de dimensiones y formas muy variadas, cuya fuerza motriz en unos dependía de la hidráulica, en otros de ingeniosos mecanismos movidos por caballerías; todo ese arsenal pacífico que tiene por objeto la mejora de los distintos procedimientos de cultivo, cautivó largo tiempo la atención del jurado encargado de decidir sobre el valor respectivo de cada aparato, esto es, sobre la utilidad real y sus ventajas prácticas.

Un hermoso baile en el teatro de Montbrison recién restaurado y alumbrado espléndidamente, terminó la fiesta de aquel día. — Los dos siguientes se consagraron á la clasificación y la inspección de los animales presentados en el concurso por las diferentes localidades comprendidas en la region agrícola. Esta exposición se mostró igualmente notable, por el crecido número de cabezas (había 200 de ganado vacuno y 60 de ganado caballar) y por la buena elección de los animales. Las hermosas razas extranjeras y hoy aclimatadas ya de Durham, del Hampshire y del condado de Ayr, de Schwitz, de Holanda y de Saboya, las razas francesas no menos preciosas del Charoles y de la América estaban bien representadas. Había también buenas cabezas de ganado la-



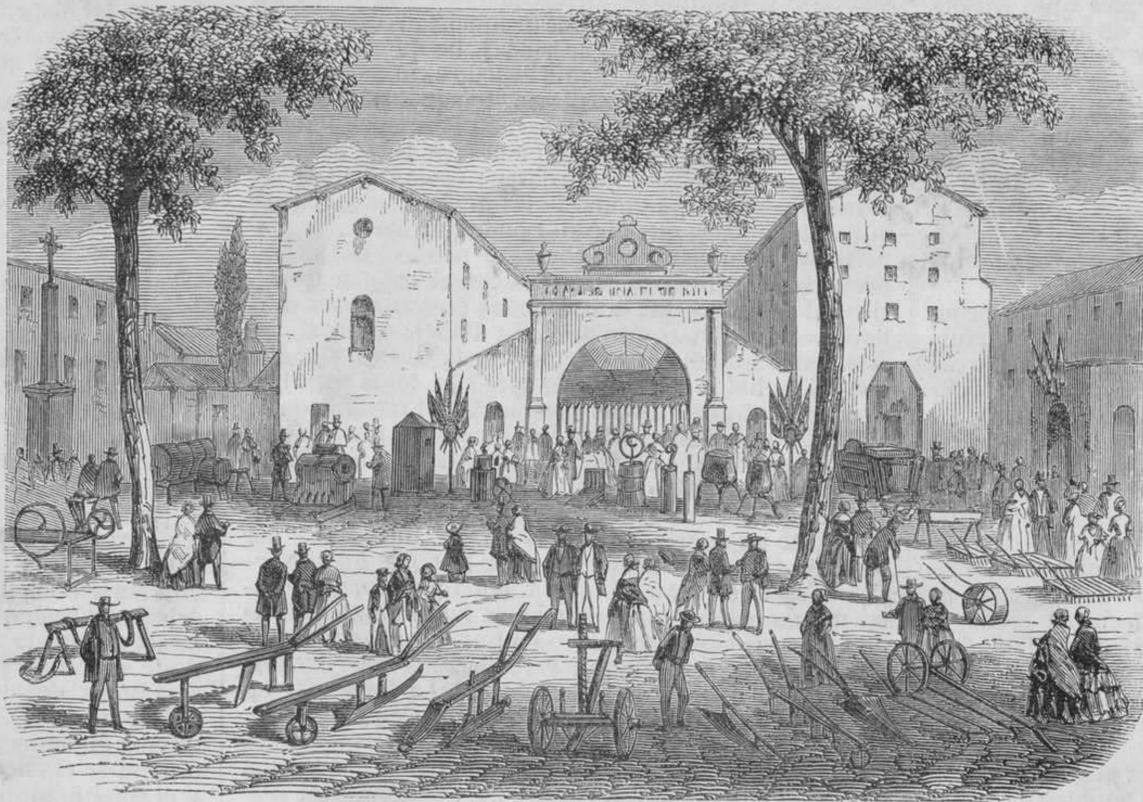
Concurso regional de Montbrison (Loira). — Inauguración del jardín de Allard.

nar, puercos y soberbios gallos de las orillas del Brahma-Poutre.

Mientras la atención de los inteligentes se repartía bajo las tiendas cómodas y espaciosas de la casa Belloir de Paris, entre todas aquellas muestras de animales reproductores, de cebo ó de trabajo, la vasta esplanada de los naranjos del jardín público apenas podía contener la gente que acudía á examinar la rica exposición de flores, arbustos y plantas exóticas.

El 19 de mayo á las cuatro de la tarde debía tener lugar en la plaza la ascension de un globo, espectáculo que llamó extraordinariamente la atención de los habitantes de la comarca. Mas de 15,000 personas se quedaron atónitas de admiración al ver subir con el globo un intrépido viajero de veinte años, que hora y media despues estaba sentado á una mesa opípara.

Por fin llegó la hora de la distribución de premios y me-

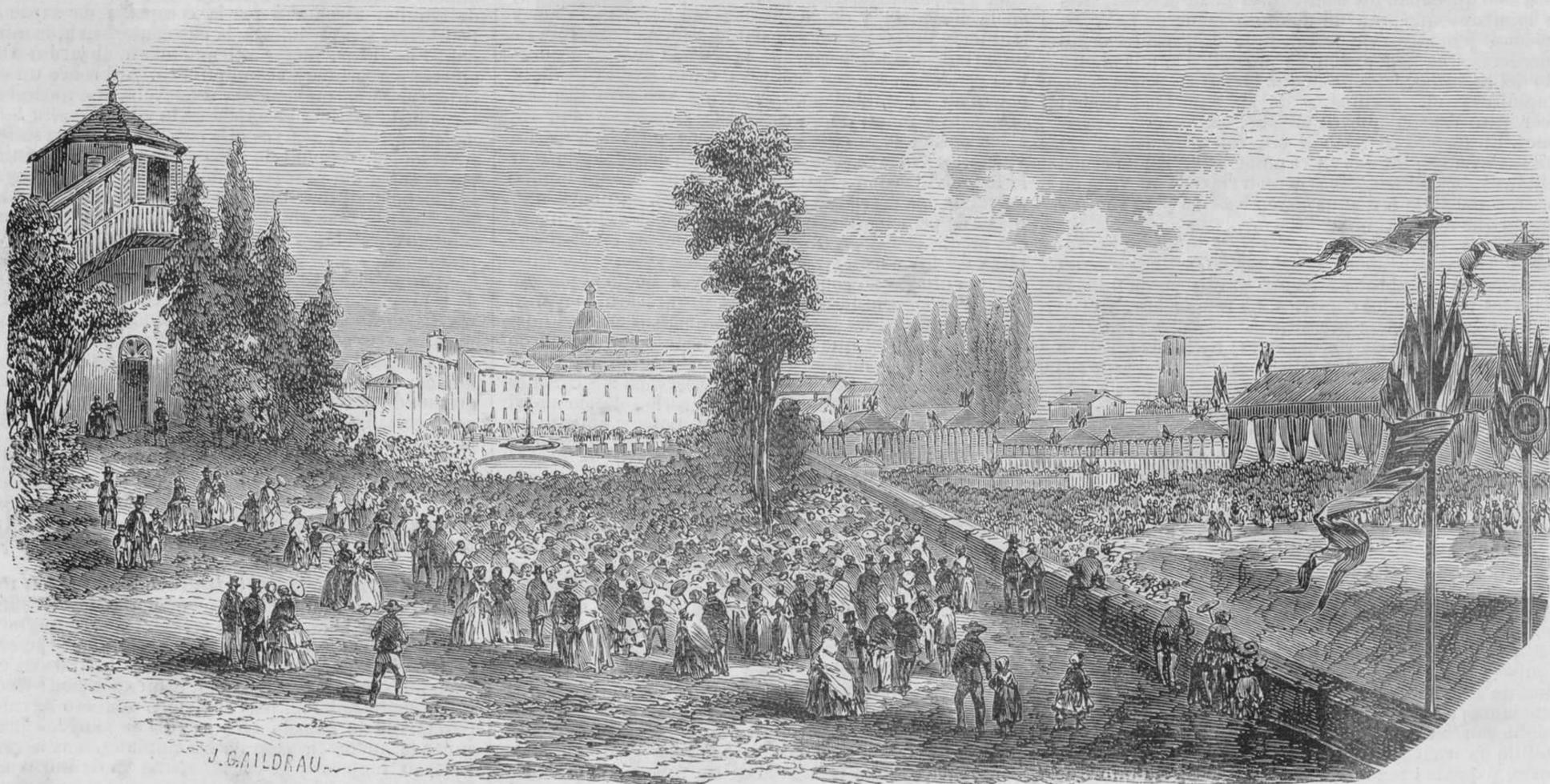


Exposición de máquinas agrícolas en la plaza del Mercado de granos.

dallas. La muchedumbre ya tan compacta en los dias precedentes, se habia aumentado aun en torno del pabellon de honor reservado para los primeros funcionarios del departamento y para los miembros del jurado. A las dos el prefecto del Loira, seguido de un brillante cortejo, subió al sillón de la presidencia y abrió la distribución de recompensas con un discurso adecuado al caso. Proclamados los nombres de los premiados en medio de las salvas de artillería, el cortejo entero se puso en marcha hácia el local donde se habia dispuesto un banquete para mas de doscientas personas. En la mesa se echaron muchos brindis; el del señor prefecto á SS. MM. el emperador y la emperatriz y al príncipe imperial, provocó unánimes y enérgicas aclamaciones.

Las fiestas terminaron con fuegos artificiales, iluminaciones y un gran baile en las casas consistoriales.

E. R.



Distribución de premios y medallas.